

Espejo de Monografías

ISSN: 2660-4213 Número 5, año 2022. URL: <https://espejodemonografias.comunicacionsocial.es>

MONOGRAFÍAS DE ACCESO ABIERTO
OPEN ACCESS MONOGRAPHS

COMUNICACIÓN SOCIAL
ediciones y publicaciones

ISBN 978-84-96082-75-5

Qué pasa con el estudio de los medios
Diálogo con las Ciencias Sociales en Iberoamérica

Raúl Fuentes Navarro; Enrique E. Sánchez Ruiz; Raúl Trejo Delarbre

Separata

Capítulo 3

Título del Capítulo

«Recuperar la crítica. Algunas reflexiones personales en torno al estudio de las industrias culturales en Iberoamérica en los últimos decenios»

Autoría

Enrique E. Sánchez Ruiz

Cómo citar este Capítulo

Sánchez Ruiz, E. (2011): «Recuperar la crítica. Algunas reflexiones personales en torno al estudio de las industrias culturales en Iberoamérica en los últimos decenios». En Fuentes Navarro, R; Sánchez Ruiz, E.; Trejo Delarbre, R., *Qué pasa con el estudio de los medios. Diálogo con las Ciencias Sociales en Iberoamérica*. Salamanca: Comunicación Social Ediciones y Publicaciones. ISBN: 978-84-96082-75-5

D.O.I.:

<https://doi.org/10.52495/c3.emcs.5.ei3>



El libro *Qué pasa con el estudio de los medios. Diálogo con las Ciencias Sociales en Iberoamérica* está integrado en la colección «Espacio Iberoamericano» de Comunicación Social Ediciones y Publicaciones.

Este libro pone en primera línea de la actualidad el debate acerca de la identidad de los estudios sobre los medios de comunicación como disciplina académica.

Tres autores de acreditada solvencia son los encargados de entablar este diálogo:

Raúl Fuentes presenta, a partir de datos recientes, una actualización de la hipótesis de la *Triple Marginalidad* de los estudios de Comunicación —o Medios— y de la dimensión disciplinaria —o *post-disciplinaria*— de los mismos.

Raúl Trejo se adentra en un fascinante recorrido bibliográfico que muestra cómo se ha contemplado el objeto principal de estudio de los llamados comunicólogos —los medios de comunicación— desde antes incluso de que este campo académico adquiriese su actual identidad y forma institucional.

Enrique E. Sánchez, por su parte, repasa los cambios de paradigma ideológico que han dominado las Ciencias Sociales en Iberoamérica —desde los años sesenta hasta la actualidad— destacando la necesaria interacción de los estudios sobre los medios con las Ciencias Sociales en virtud de las múltiples dimensiones de dichos estudios.

Índice General

Introducción, por Enrique E. Sánchez Ruiz	7
<i>Bibliografía</i>	13
1. Condiciones institucionales para la práctica de la investigación académica de la comunicación: la persistencia de la triple marginalidad en México,	
<i>por Raúl Fuentes Navarro</i>	15
<i>Una reconstrucción sintética de la constitución del campo en México</i>	18
<i>La triple marginalidad, actualizada</i>	27
<i>Interdisciplinariedad o ¿post-disciplinariedad?</i>	36
<i>La investigación de la comunicación como práctica sociocultural</i>	44
<i>Bibliografía</i>	53
2. El tronco, el árbol, la enramada. La investigación de los medios de comunicación y de las Ciencias Sociales,	
<i>por Raúl Trejo Delarbre</i>	57
<i>Marginalidades y auto aislamiento</i>	59
<i>De Tocqueville y Comte: prensa, potencia e influencia</i>	61
<i>Marx y Engels, autoritarismo de los medios y en los medios</i>	62
<i>De Lenin, a Gramsci, el periódico-organizador</i>	65
<i>Max Weber: una guía para estudiar a la prensa</i>	66
<i>El empirismo estadounidense, limitaciones y contribuciones</i>	70
<i>El catastrofismo de Frankfurt y el tránsito a la sobriedad</i>	71
<i>Aportaciones y variedad en los estudios culturales</i>	75
<i>Palabrería, suposiciones e imposturas intelectuales</i>	78
<i>Medios como legitimadores. En busca de los efectos desconocidos</i>	81
<i>Los medios como instrumentos de la política. Asombros y matices</i>	84
<i>Teoría política en italiano: Cerroni, Bobbio</i>	87

<i>Luhmann, medios como sistema en una sociedad de la comunicación</i>	89
<i>Advertencias contra una ideología de la comunicación</i>	91
<i>Los creativos y provocadores enfoques de Marshall McLuhan</i>	92
<i>El pensamiento social voltea hacia los medios y se cautiva con ellos.</i> 94	
<i>Estudiosos que encuentran motivos para inquietarse ante los medios</i>	97
<i>Medios en contextos democráticos, ineludibles en procesos electorales</i>	101
<i>Sociedad global. El tamaño del mundo se ha contraído</i>	103
<i>Manuel Castells, de la sociedad red al nuevo poder de la comunicación</i>	105
<i>Interdisciplina, nuevos medios y antiguas preocupaciones</i>	107
<i>Zygmunt Bauman, el espacio público como gran pantalla</i>	109
<i>Mirar, desde el estudio de los medios, a las ciencias sociales</i>	112
<i>Bibliografía y hemerografía</i>	115

3. Recuperar la crítica. Algunas reflexiones personales en torno al estudio de las industrias culturales en Iberoamérica en los últimos decenios,

<i>por Enrique E. Sánchez Ruiz</i>	121
<i>Introducción. Objetos de estudio multidimensionales</i>	121
<i>De climas de opinión a epistemes/paradigmas, al «espíritu del tiempo»</i>	131
<i>Cambios en los «climas de opinión» académicos</i>	135
<i>Pensamiento crítico y democratización comunicacional</i>	140
<i>Caída del muro de berlin; la hegemonía «neoliberal»</i>	143
<i>Mitos posmodernos y estudios culturales</i>	149
<i>Regreso de las miradas críticas a los medios</i>	156
<i>Y...¿la crítica?</i>	164
<i>Colofón: retos y perspectivas de la investigación latinoamericana sobre industrias culturales</i>	169
<i>Bibliografía</i>	171

*Recuperar la crítica.
Algunas reflexiones personales en torno al
estudio de las industrias culturales
en Iberoamérica en los últimos decenios*

Enrique E. Sánchez Ruiz
Universidad de Guadalajara

Introducción. Objetos de estudio multidimensionales.

Una primera aclaración sobre lo que *no es* este escrito.¹ *No se trata* de una reflexión sobre *la comunicación*, así en general, ni sobre *la teoría de la comunicación*. No intenta ser un aporte a la teoría de la comunicación social o de los medios, pero sí una reflexión sobre algunos determinantes sociales e históricos de *los estudios* acerca de los medios (una metarreflexión), en el entendido de que éstos forman parte de las ciencias sociales.² En gran medida, esta deliberación es una proyección de la propia autobiografía intelectual. Hay mucho de nuestro trayecto académico aquí, y en virtud de que éste ha tenido una considerable interlocución

¹ Este capítulo se benefició de la discusión académica en el Seminario Metodología y Prospectiva de los Medios de Comunicación, que se reúne cada mes en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, así como en el Seminario mensual del Departamento de Estudios de la Comunicación Social (DECS) de la U. de G. Como siempre, hubo lecturas muy exigentes, otras muy benévolas y otras sesgadas. Si hubiera atendido todas las sugerencias, dudas, preguntas y cuestionamientos, hubiera terminado en un volumen de unas 400 páginas o más (quizás pronto lo haga). Sin embargo, esta versión se alcanzó a enriquecer bastante. Me disculpo con los amigos y colegas que esperaban más definiciones y aclaraciones, pero o se escribía el texto, o se convertía en una suerte de glosario. Les agradezco todas sus aportaciones. Pero obviamente y como se acostumbra aclarar, todos los errores desde luego son solamente del autor. Una parte del escrito también se presentó como conferencia inaugural del Congreso de la Asociación Iberoamericana de Comunicación (Asibecom), en Madeira, Portugal, en abril de 2009.

² Sin olvidar la intersección con las humanidades y sus influencias mutuas.

internacional, especialmente iberoamericana, no se refiere «solamente» a México, y mucho menos parte desde alguna institución específica, como la UNAM, o la misma Universidad de Guadalajara, nuestra entidad de adscripción. Se trata entonces de una reflexión personal, con óptica latinoamericana, de los estudios acerca de las industrias culturales (*no* sobre las propias industrias culturales). Yo creo que, si algún día tendremos una teoría de la comunicación, tal que genere a su vez una «ciencia general» o campo disciplinar de «la comunicación», éste abarcaría cabalmente toda una filosofía de lo social.³ Más o menos como lo que en ciertos momentos parece proponer Jürgen Habermas (1989), o como lo han hecho, en su campo, los psicólogos de la denominada «escuela de Palo Alto» (Ruesch y Bateson, 1965; Wastzlavick *et al.*, 1971). Pero no hay todavía tal propuesta disciplinaria.⁴ Lo que seguimos sosteniendo es que, por simple claridad terminológica, la *comunicación* no debe considerarse una ciencia, sino el objeto de estudio de una posible *ciencia de la comunicación* o, si se quiere, *comunicología* (Sánchez Ruiz, 2002).

³ Debo también aclarar que los esfuerzos por articular una «ciencia de la comunicación», como el que realiza en México un grupo encabezado por Jesús Galindo, me merecen todo el respeto, académico y humano más en general. Hace poco un estudiante me reveló que hay entre los seguidores de Galindo quienes piensan que soy «detractor» de la idea de la «comunicología posible». El que yo no comparta los intereses de tal grupo no significa para nada, en absoluto, que yo pueda ser «detractor», o «enemigo», ni del grupo, ni de sus ideas o ideales. Simplemente yo, de momento, tengo intereses diferentes como para convertirme en seguidor —o detractor— del Grupo Hacia una Comunicología Posible (Gucom), o de sus fundadores y participantes. Si de algo soy «detractor» desde hace ya muchos años, es del maniqueísmo, que ve únicamente *buenos y malos* (ver, por ejemplo, Sánchez Ruiz, 1992). La postura que ve «constructores» *versus* «detractores» es maniquea y simplificante, del tipo «estás conmigo o *contra* mi». No la comparto.

⁴ Ha habido diversas propuestas. Por dar un ejemplo, toda la obra de Manuel Martín Serrano en eso ha consistido. A su vez, Serrano llegó a comentar en algún momento que el único «verdadero comunicólogo» que conocía había sido Abraham Moles. La llamada «comunicología», propuesta en México desde los años setenta por Eulalio Ferrer y continuada y ampliada actualmente por el grupo mencionado en la nota anterior, podría desembocar eventualmente en una propuesta disciplinaria formal. Falta más investigación empírica, es decir, aplicación de teorías y metodologías, para este desarrollo disciplinar deseado (y «posible»).

Ahora bien, no todo lo que se considera «comunicación» es estrictamente comunicativo. El dominio problemático *que a este autor le interesa* es el de los llamados «medios de comunicación», en el contexto de las denominadas industrias culturales. Los medios son instituciones sociales multidimensionales (Sánchez Ruiz, 1992), y varias de sus dimensiones constitutivas son atributos que corresponden a parcelas de lo social e histórico que las ciencias sociales existentes se han encargado (o deberían de hacerlo) de conocer: por ejemplo, *lo económico* de los medios, me parece que debe estudiarse a partir de la economía, no de alguna «comunicología», ni de alguna «mediología»; *lo político*, que no se agota en la llamada «comunicación política», tiene que abordarse desde la ciencia política, en estrecha interacción con la sociología política, así como los subcampos antropológicos y psicológicos que se refieren a lo político, etcétera. Ni lo tecnológico, ni lo organizacional, o lo jurídico, vaya, ni lo cultural de la operación histórico-social de las industrias culturales, puede abordarse analíticamente *sólo* desde la comunicación, aunque en todo ello *hay aspectos comunicacionales*. El análisis científico social de los medios tiene que ser, entonces, en principio multidisciplinario. En el capítulo de Raúl Fuentes se presenta otro enfoque, que él plantea aquí para los estudios de comunicación: una perspectiva «posdisciplinaria».⁵

⁵ Hace tiempo opiné críticamente que mi colega Fuentes no sustentaba adecuadamente su propuesta como *tendencia empírica* (Sánchez Ruiz, 1997). En esa ocasión yo solamente critiqué el mal uso —por lo menos, ingenuo— de una serie de estadísticas, que demostraban más bien lo contrario que mi colega argumentaba, y pedía un poquito más de consistencia lógica al argumento, pero tanto Fuentes como otras colegas creyeron que deseaba yo *refutar* su postura. En realidad, mi crítica era muy puntual y no se intentaba refutar *todo* lo que Fuentes proponía, además de que había en su discurso una confusión entre *lo deseable* y las tendencias empíricas efectivas. Tampoco soy «detractor» de la «posdisciplinarietà». Esta es otra perspectiva sobre la que no me interesa, en este momento, tomar posición ni a favor, ni en contra (Sánchez Ruiz, 1997; 2009). El tiempo y las aportaciones empíricas, teóricas, metodológicas y epistemológicas nos dirán si prevalecerá la disciplinarietà (por ejemplo, la «comunicología»), la multi- trans- e interdisciplinarietà, o la posdisciplinarietà. O quizás un poco de todas. Por el momento, no se conocen aportaciones empíricas al conocimiento basadas en teorías o metodologías —por lo menos explícitamente— «posdisciplinarias».

Regresando a las industrias culturales, personalmente pienso que tan legítimo es «desplazar el objeto», o las preguntas, «de los medios a las mediaciones» (Martín Barbero, 1987),⁶ o viceversa, como analizar lo comunicativo y lo *no comunicacional* de los propios medios. Pero un sólo enfoque, un solo autor o una sola escuela, por muy comprensiva que sea, *no puede abarcar todos los aspectos* o dimensiones posibles, en este caso, de los medios (o, en su caso, de la comunicación). Tampoco un solo autor puede determinar un solo enfoque legítimo para el estudio de cualquier objeto. Ojala que el lector me entienda bien: es claro que no propongo ninguna esencia que lo explique todo, ni pretendo ser profeta en busca de seguidores. Pretendo compartir ciertas inquietudes, discutir honesta, modesta y discretamente ciertas preocupaciones sobre algunos aspectos *de los estudios* sobre las industrias culturales, principalmente las audiovisuales, y algunos temas que ligan estos estudios «mediáticos» con algo de lo mejor de las ciencias sociales latinoamericanas.

Ahora bien, a partir de algunos estudios documentales y estadísticos, sabemos que la llamada «investigación de la comunicación» en realidad ha analizado muy poco los *procesos de comunicación* estrictamente, y ha tendido a estudiar algún aspecto, no necesariamente comunicativo, sobre los medios (Fuentes, 1987; 1996; 2003).⁷ Por ejemplo, lo político de los medios: hoy en día muchos analistas sociales y políticos se han dado cuenta del papel central que cada vez más juegan los medios en los procesos políticos, en particular en los electorales (que no agotan lo político), y en la construcción de la democracia. Hay un consenso más o menos generalizado sobre que los medios son arenas fundamentales

⁶ Es decir, si es que entendí la propuesta de Martín Barbero, se trataba de dejar de estudiar los medios, para pasar a analizar *la cultura*. El problema de Martín Barbero es que sistemáticamente se ha negado a definir con claridad sus categorías, así que han surgido múltiples interpretaciones de su propuesta de «desplazar el objeto».

⁷ Ojo: el análisis de lo *no comunicacional* de los medios (por ejemplo, lo económico) a su vez provee elementos para entender las determinaciones y las consecuencias sociales (económicas, políticas, etc.) de lo comunicacional, o comunicativo, de aquellos. Por lo tanto, es fundamental entender lo *no comunicacional*, para comprender las posibilidades de la comunicación social-mediática.

en las que se llevan a cabo las luchas por el poder, incluso considerándolos como el «nuevo espacio público» (Aceves, 2002; Sánchez Ruiz, 2005a; Castells, 2010). Es más, en virtud de lo anterior, se concluye que los medios son actores principales en los procesos políticos, ocupando un lugar prominente entre los llamados «poderes fácticos», o factuales (opuestos, o diferentes de los *poderes formales, o constitucionales*: el Poder Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial), lo cual «desplaza el objeto», de la comunicación política, a *la política*, por lo tanto necesitando la interacción con las ciencias sociales que tratan de la misma (Sánchez Ruiz, 2005a). Entonces, una gran parte de la reflexión sobre medios y política en realidad ha soslayado la «comunicación política», para hacer algún tipo de sociología política; sin embargo, con mucha frecuencia resulta que nuestros colegas ignoran los fundamentos teóricos y metodológicos de tal tipo de análisis social *no comunicacional*.

Este es, entonces, un ejercicio autorreflexivo, que llama a los estudiosos de los medios de comunicación y/o de las industrias culturales a enriquecer sus estudios relacionándolos con las otras ciencias, disciplinas y campos sociales, de los cuales hemos tendido a aislarnos como campo.⁸ Llamamos también a recuperar en síntesis creativa lo mejor de las ciencias sociales latinoamericanas: tanto lo mejor de su pasado (más o menos reciente), especialmente su *carácter crítico*, así como de su presente, diverso y rico en matices. Si bien hay aspectos que llamamos a «superar», deseamos que quede claro que para nada, *en absoluto*, nos referimos aquí a desechar completamente y tirar *nada* al cesto de la basura, sino en todo caso a hacer de lado, provisionalmente, algunos aspectos de ciertos enfoques, pero también a apropiarse críticamente lo que sí contribuye a un mejor entendimiento de la realidad que nos rodea. Estamos en contra del espíritu maniqueo, binario, o dualista, que pretende que un lado de la moneda posee todo el valor y el reverso, nada (Sánchez Ruiz, 1992); es decir, preferimos la *conjunción crítica* a la *disyunción maniquea*. En tiempos como éstos, de crisis y grandes posibilidades de cambio, es muy fuerte la tentación a la negación ciega de lo que ha sido predominante (por cierto, también y por contraparte, de su defensa a ultranza) y a la propuesta de opuestos «puros». En los años

⁸ Un aspecto entre otros de nuestra *marginalidad*, de la que habla Raúl Fuentes en su capítulo en este mismo volumen.

ochenta, a la acción del Estado en la economía se le opuso radicalmente la acción «libre» de las fuerzas del mercado. En la primera década del Siglo XXI, con la crisis global del capitalismo, ya hemos presenciado un movimiento en sentido opuesto, nuevamente. Pero... ¿Y la sociedad civil? ¿Y los ciudadanos? ¿Y los productores/consumidores? La historia contemporánea se encargó de enseñarnos que ya era tiempo de dejar de pensar binariamente, de dos en dos, opuestos, y de incluir (por lo menos, en este caso,) a un tercero: la sociedad (Estado-Sociedad-Mercado).⁹ Varias propuestas analíticas recientes han hecho mucho énfasis en la *diversidad* de lo social, pero con mucha frecuencia, han asumido también posturas «epistemológicas» binarias, simplificadoras, del tipo «nosotros *versus* ellos». Por ejemplo, «nosotros» los *culturalistas*, cualitativos, *versus* «ellos», los *positivistas*, cuantitativos, etcétera. Comentaremos adelante sobre algunos enfoques que han predominado y/o coexistido durante los últimos decenios en la investigación sobre medios de comunicación, así como en las ciencias sociales de América Latina, y entonces nos proponemos meditar sobre cómo podríamos conceptualizar los fenómenos y procesos mediáticos en términos, por un lado, de acercamientos epistemológicamente más comprensivos y «adecuados»,¹⁰ pero también, desde un punto de vista ético, o incluso político, de que el resultado de

⁹ Y entonces, resulta que ni uno, ni otro, ni el otro (el «tercero incluído»), es *el malo* de la película. Aquí no tenemos espacio-tiempo suficiente para explicar que el Estado tiene papeles importantes en la historia, que el mercado (las llamadas «fuerzas del mercado», es decir, la oferta y la demanda en su interacción y mutua dependencia) tiene también funciones y consecuencias, no necesariamente «malévolas», y que obviamente, la sociedad es el lugar/actor que contiene/actúa/produce lo anterior. Pero la «sociedad civil» no es tampoco, necesaria o únicamente, ni el bueno ni el malo. Dentro de ciertas versiones del pensamiento «de izquierda», durante los ochenta y principios de los noventa, hubo algunos enfoques al estudio de los movimientos sociales que substituyeron a la sociedad civil por el proletariado (como protagonista histórico), así como reemplazaron a la burguesía con el estado (que se constituyó en el antagonista de los movimientos sociales). El gobierno, entonces, surgió como el «malo» de la historia tanto para la izquierda como para la derecha (el llamado neoliberalismo). Con frecuencia, los extremos se tocan.

¹⁰ En términos de la teoría lógica de la verdad (de Aristóteles a Tarski, o a Frege), de algún tipo de adecuación, correspondencia o relación semántica de un enunciado con el objeto o el referente del mismo (Frege, 1973; Quine, 1986).

la investigación sea «conveniente» no solamente a unos pocos empresarios, o a unos pocos miembros de algún grupo gobernante, por ejemplo, en un sentido legitimador (Sánchez Ruiz, 1992; 2009). Es decir, con un enfoque más abarcante, tanto en términos epistemológicos como en su caso en términos éticos y políticos (ibídem). Como otra advertencia importante, aclaramos que no subordinamos la verdad a la conveniencia política, sino lo contrario.¹¹

Los estudios sobre las industrias culturales y los «medios de comunicación» (a lo que suele llamarse «investigación de la comunicación»), se han desarrollado a veces paralelamente y con relativa independencia de las ciencias sociales, pero también a partir de, y en interacción con aquellas y con las humanidades. A pesar de que poco a poco —quizás demasiado lentamente— han ido adquiriendo aquellos un estatus de legitimidad como área de investigación, todavía no remontan completamente la situación que hace veinte años describíamos, para el caso de México, como de «triple marginalidad» (Fuentes y Sánchez, 1989).¹² Es decir, en una descripción empírica de corte histórico estructural, encontramos —en un primer nivel— que la investigación científica en México es marginal entre las prioridades del desarrollo;¹³ un segundo nivel de marginalidad: dentro del campo de la ciencia, en muchos aspectos la hegemonía la han gozado las llamadas «ciencias duras», es decir, las exactas y naturales, consideradas

¹¹ Aquí estaría, por ejemplo, el problema del uso de «medias verdades» y los «vasos medio vacíos»: Con mucha frecuencia, hay una toma de posición política, si uno escoge poner énfasis en que el vaso está «medio lleno», en lugar de observar que hay una proporción grande (por lo menos la mitad), que se encuentra vacía. Ver Sánchez Ruiz (2009).

¹² Ver el escrito de Raúl Fuentes en este libro.

¹³ Lo cual no solamente se refiere a la marginalidad, muy real, en los presupuestos gubernamentales y privados, es decir, que se origina en la economía política, sino también a la marginalidad sociocultural referida a los imaginarios y representaciones sociales. Si bien le va, el científico es visto estereotípicamente como un «genio loco», olvidadizo, vestido de bata blanca y despeinado. Con esto nos referimos también al estatus ambiguo que suelen tener socialmente la ciencia y los científicos: simpáticos, pero lejanos de la vida cotidiana (sin olvidar algunas representaciones tipo Dr. Jekyll y Mr. Hide, es decir, del científico como al mismo tiempo un personaje bueno, pero también peligroso potencial) (Domínguez Gutiérrez, 2007).

«duras», frente a «lo blando» de las sociales, a las cuales con frecuencia ni siquiera se les concede el estatuto de *ciencias* (se suele hablar de «ciencias y humanidades», incluyendo entre las últimas a la sociología, antropología, etc.). Finalmente, dentro del espectro de las ciencias sociales (y las humanidades también) a los estudios sobre comunicación, o sobre medios, se les suele considerar como «menores», o con un segundo grado de «blandura», de frente a las «duras» del sector (sociología, antropología, demografía, economía, historia, etc.). Todo este entramado se traduce en accesos diferenciales a presupuestos, pero también a posiciones institucionales de poder. Entre diversos factores que pueden explicar la mencionada marginalidad de tercer grado, se puede señalar lo joven que es el campo de los estudios sobre medios. Con dificultades, apenas en los últimos lustros hemos avanzado en un proceso de institucionalización, profesionalización y legitimación, que apunta a una incipiente consolidación entre las ciencias sociales para el futuro inmediato (Fuentes, 1998).¹⁴

Raúl Trejo y Gabriel Sosa Plata (2009: 2) comentan que:

Casi dos décadas más tarde esa segregación por partida triple no ha desaparecido aunque, paradójicamente, la investigación sobre comunicación se encuentra entre las más prolíficas en el terreno de las ciencias sociales. Lo mismo ocurre con la matrícula de los posgrados universitarios en estas áreas, que surgen y crecen posiblemente con más velocidad que rigor académico. Por otra parte y en otra expresión de la ampliación de nuestro campo, cada vez hay más colegas que, teniendo como interés el tema de la comunicación, se incorporan al Sistema Nacional de Investigadores.

Aun cuando las otras áreas y disciplinas sociales y humanísticas nos hayan ignorado,¹⁵ para mí no hay duda alguna en que en tanto comunidad académica que se ocupa de un «objeto encrucijada», multidimensional e histórico como los medios de difusión, hemos tenido por fuerza —aunque a veces ni cuenta nos hayamos dado— que alimentarnos de las ciencias sociales de múltiples maneras (y, por lo tanto, *aportando también a ellas*). En este sentido, otra vez, aunque por ejemplo los sociólogos nos

¹⁴ El capítulo de Raúl Fuentes presenta una imagen actualizada.

¹⁵ En el doble sentido de «ignorar»: de no conocer y de «ningunear» (no «hacer caso»).

hayan ignorado y ellos no hayan propuesto y desarrollado una *sociología de los medios de comunicación*, muchos de nosotros mismos nos hemos encargado de hacerlo. Así lo comprobaron las primeras dos sistematizaciones documentales que realizó Raúl Fuentes (1988; 1996) sobre la investigación mexicana, aunque desafortunadamente después modificó sus categorías de análisis, con lo que se perdió la comparabilidad (Fuentes, 2003). En aquellas primeras sistematizaciones se encontró que predominaban los enfoques sociológicos por sobre los «comunicacionales», por lo menos de acuerdo con las definiciones usadas por Fuentes en el análisis. Es decir, de acuerdo con los datos del autor mencionado, nosotros mismos habríamos desarrollado una sociología de los medios que a veces, incluso, pudiera ser sociología *de la comunicación*.¹⁶ Pero frecuentemente sucede que muchos de nuestros colegas mediólogos (o «comunicólogos») carecen de fundamentos epistemológicos, teóricos y metodológicos adecuados y suficientes para el desarrollo de una sociología de los medios, o de la comunicación. Lo peor de todo es que algunos de ellos, incluso, parecen pensar que no son necesarios.¹⁷

Hemos insistido hasta la saciedad en que los medios no se agotan en *una* dimensión de su existencia social e histórica, por ejemplo, en la cultura. Ni siquiera en la cultura y la tecnología, como por ejemplo describía hace muchos años Raymond Williams (1975) a la televisión. Los medios son multidimensionales y los procesos en que participan son multifactoriales (Sánchez Ruiz, 1992).

¹⁶ Para quien esto escribe, la comunicación humana consiste en aquellos procesos de *producción de sentido, en común, entre seres humanos*. Es decir, una *puesta en común*, por lo que se considera por lo menos en un cierto sentido ético, como comunicación «propia», aquella que es dialógica, recíproca, que incluye circuitos de retroalimentación. Lo que los medios usualmente hacen es transmitir información y producir sentido, pero sin mucha reciprocidad. Por eso, solemos preferir la expresión «medios de difusión masiva» (Sánchez Ruiz, 1992). Por cierto, en este libro recién referido, quien esto escribe proponía explícitamente un enfoque *sociológico* al estudio de los medios.

¹⁷ Muchas tesis de posgrado en nuestro campo son grandes «reportajes» sobre el tema respectivo. No tengo nada contra la investigación periodística, es socialmente muy importante, pero es *diferente* de la investigación científico-social. Una tesis de doctorado de ciencias sociales no puede reducirse a un gran reportaje.

Como mencionamos antes, un tema por demás predominante en la investigación iberoamericana de la comunicación ha sido el de las articulaciones de los medios con las instituciones y procesos políticos (lo cual incluye la llamada «comunicación política») (Marques de Melo, 2002; Molina y Pareja, 2009). En la medida en que los medios de comunicación se han ido convirtiendo en arenas y actores principales de los procesos políticos contemporáneos, nosotros hemos aportado mucho a la politología actual, aunque luego sean los científicos políticos quienes hagan alguna síntesis creativa de una parte de la literatura del campo y de pronto ellos sean quienes cosechen las citas y notas a pie de página, como en el caso de Giovanni Sartori (1998) o, más recientemente, en el nuevo enfoque sociológico de Manuel Castells (2010). Para entender a los medios como industrias culturales, en los mejores casos hemos interactuado con la Economía en sus diversas manifestaciones: desde la economía neoclásica, a la economía política, a la crítica de la economía política; con los enfoques microeconómicos y macroeconómicos, así como con las teorías del desarrollo (Sánchez y Gómez, 2008). Y así por el estilo, con respecto a las múltiples dimensiones y aspectos que caracterizan a los medios de comunicación en su ser y devenir histórico-social: la psicología, la antropología, los estudios literarios de diverso cuño, al igual que con ese híbrido intelectual contemporáneo llamado «estudios culturales», los estudios sobre organizaciones complejas, el análisis institucional, la sociología de las profesiones, de la tecnología, etcétera, etcétera.¹⁸ Todo esto significa que tenemos grandes retos epistemológicos, pues debemos navegar por el mar de la inter-, multi-, transdisciplina. Además de conocer las llamadas teorías de la comunicación, debemos desarrollar competencias teóricas y metodológicas de los campos académicos con los que interactuamos —dependiendo de las dimensiones que nos interesen en lo particular a cada uno/a—, y debemos hacerlo bien, convincentemente, rigurosamente. Por cierto, quien escribe esto no necesariamente piensa que todos y cada uno de nosotros los analistas debamos dominar *todas* las herramientas teóricas, metodológicas, etc. de *todas* las disciplinas con las que interactuamos en nuestro

¹⁸ En Sánchez Ruiz (1992) proponemos un marco teórico-metodológico para el análisis histórico y estructural, a partir de la multidimensionalidad del objeto «medios de difusión».

quehacer analítico. Nadie tiene la obligación de considerar simultáneamente *todas* las dimensiones de existencia de los medios y las industrias culturales, en una sola investigación. Recordemos que solamente somos seres humanos, con capacidades y limitaciones determinadas. Pero el hecho es que sí nos vemos en la necesidad y en la obligación de atender el carácter multidimensional, y por lo tanto interdisciplinario, de nuestros objetos de estudio.

Más en general, pues, los investigadores de medios coexistimos e interactuamos con otros campos académicos y disciplinarios en el mundillo académico, usualmente en las instituciones de educación superior; y dado que tenemos intercambios y determinaciones mediadoras en las cuales las ciencias sociales «duras» suelen imponer (o, por lo menos, proponer) las condiciones de desarrollo, de ordinario recibimos influencias de todo tipo: institucionales (incluso, políticas), epistemológicas y teóricas, metodológicas, etc. Pero nuestro objeto de estudio ha ido cobrando una gran relevancia y paulatinamente nuestra producción académica va adquiriendo mayor presencia y legitimidad en los foros de ciencias sociales, además de que algunos de nosotros, en una cierta escala, también comenzamos a ejercer influencias en el campo académico más amplio de las ciencias sociales.¹⁹

De climas de opinión a epistemes/paradigmas, al «espíritu del tiempo»

Hay algunas grandes determinaciones mediadoras, configuraciones histórico estructurales, que nos influyen, en mayor o menor medida, a muchos en el campo de las ciencias sociales. A pesar de la gran diversidad que puede observarse en términos teóricos y metodológicos, así como con respecto a los objetos particulares de estudio, se puede afirmar que

¹⁹ Ver la contribución de Raúl Fuentes sobre la permanencia, aunque cada vez menor, de la «triple marginalidad». Raúl Trejo muestra claramente que los científicos sociales desde muchísimo antes de que se pudiera pensar en una disciplina que estudiase a los medios (principalmente al periodismo en el siglo XIX y una buena parte del siglo XX) tuvieron como objeto de reflexión algunos aspectos de los mismos.

a veces surge algo así como un «espíritu del tiempo» que nos influencia, aunque no monolíticamente, de tal manera que se pueden señalar ciertos movimientos históricos, tendencias sobresalientes, en las configuraciones discursivas predominantes, tanto al interior del campo académico (ciertos valores, estilos discursivos, orientaciones epistemológicas), como en el entorno social, cultural y político circundante (Bourdieu y Wacquant, 2000). Y recordemos que hoy en día, en algunos aspectos, el contexto social es literalmente *todo el mundo*. Hablamos, pues, de una especie de sentido común, o «clima ideológico global», de un «episteme», que en formas complejas configura el «espíritu del tiempo».²⁰

Afirma Fernand Braudel (1991: 32):

A cada época corresponde una determinada concepción del mundo y de las cosas, una mentalidad colectiva predominante que anima y penetra a la masa global de la sociedad. Esta mentalidad que determina las actitudes y las decisiones, arraiga los prejuicios, influye en un sentido o en otro los movimientos de una sociedad, es eminentemente un factor de civilización.

El planteamiento de Braudel, desde el marco francés de la «historia de las mentalidades», está íntimamente emparentado con el concepto de origen alemán de «espíritu del tiempo» (*Zeitgeist*). En su caso, el gran historiador francés de la «larga duración» se refiere a tales mentalidades colectivas como uno de los factores que le sirven para caracterizar una *civilización*²¹ (y por lo tanto las analiza desde un nivel *macro*, tanto macrotemporal como macrosocial, aunque con delimitaciones socioespaciales precisas, «civilizacionales»). Los otros aspectos que Braudel considera pertinentes para caracterizar una civilización serían los *espacios*, las *sociedades*, las *economías* (*op. cit.*).

²⁰ Suplicamos al lector(a) que no lea esto *monolítica y mecánicamente*. Todas estas grandes categorías como «espíritu del tiempo» se deben considerar como *grandes tendencias*, que no necesariamente afectan monolítica, total, simultánea o mecánicamente a *todos* los ciudadanos. Son tendencias predominantes o *dominantes* (y por lo tanto, posiblemente hegemónicas).

²¹ Recordemos que el sentido en que muchos intelectuales franceses usan el término «civilización» es muy cercano a la acepción antropológica de «cultura».

También emparentado con las mentalidades históricas que definen a las grandes civilizaciones y culturas, y con el «espíritu del tiempo», proponía Michel Foucault su concepto de *episteme*, aunque dirigido particularmente al desarrollo y cambio de los grandes marcos históricos, generadores de saberes:

...qué modalidades del orden han sido reconocidas, puestas, anudadas con el espacio y el tiempo, para formar el pedestal positivo de los conocimientos, tal como se despliegan en la gramática y en la filología, en la historia natural y en la biología, en el estudio de las riquezas y en la economía política. Es evidente que tal análisis no dispensa de la historia de las ideas o de las ciencias: es más bien un estudio que se esfuerza por reencontrar aquello a partir de lo cual han sido posibles conocimientos y teorías; según cuál espacio de orden se ha constituido el saber; sobre el fondo de qué *a priori* histórico y en qué elemento de positividad han podido aparecer las ideas, constituirse las ciencias, reflexionarse las experiencias en las filosofías, formarse las racionalidades para anularse y desvanecerse. (...) ...lo que se intentará sacar a luz es el campo epistemológico, la *episteme* en la que los conocimientos, considerados fuera de cualquier criterio que se refiera a su valor racional o a sus formas objetivas, hunden su positividad y manifiestan así una historia que no es la de su perfección creciente, sino la de sus condiciones de posibilidad; ... las configuraciones que han dado lugar a las diversas formas del conocimiento empírico (Foucault, 1974: 7).

La noción de *episteme* de Foucault es prácticamente tan abarcante como la de *zeitgeist*, o que la de mentalidad civilizacional como la proponen algunos historiadores. Sin embargo, lo que nosotros tenemos en mente aquí, si bien parte de la idea que proporcionan heurísticamente tales nociones, es de un orden de menor generalidad, porque concierne explícitamente a una cierta matriz (estructura-estructurante) que propicia el predominio de ciertas configuraciones cognitivas. En este sentido, pensaría yo en una especie de «macro-*habitus*»,²² que contribuiría a definir cuáles tipos de concepciones ontológicas, epistemológicas, incluso axiológicas, habrán predominado en un cierto marco espacio-temporal. Llegan incluso a delimitar lo «políticamente correcto» (Bourdieu y

²² Es decir, un *habitus* de nivel macrosocial (El concepto de *habitus* se desarrolla en Bourdieu, 1977).

Wacquant, 2000). Quizás, si lo comparamos con un «clima de opinión», se podría aplicar la teoría de la «espiral del silencio» (Neumann, 1991), como mecanismo principal de operación de un episteme reinante, influyendo a individuos y grupos para conformarse a los patrones de la matriz de sentido imperante.²³

Quizás vale la pena introducir dos aclaraciones pertinentes. Nosotros no pensamos en este tipo de mentalidades históricas y colectivas, o epistemes, como algún tipo de entidades espirituales monolíticas. Se trata de fenómenos y procesos más bien estructurales/estructurantes, operan en medio de la diversidad histórica y social y articulados con otro tipo de instancias, básicamente estructuras y acciones *de poder*. Por lo tanto, un episteme es excluyente, pero no excluye totalmente, no es un monolito del pensamiento, sino un proceso de ejercicio de ciertos poderes que establecen probabilidades diferenciales al discurso «aceptable» (Foucault, 1991). No hablamos entonces del espíritu hegeliano que se materializa negándose a sí mismo en la sociedad histórica. Por eso, más que «espíritu del tiempo», preferimos pensar esto en términos de algo intermedio entre el *episteme* de Foucault y el *clima de opinión* de las teorías contemporáneas de la opinión pública. Hay también un cierto parentesco de esta noción con la primera acepción, más *sociológica*, de «paradigma» de Kuhn (1979), antes de que aceptara definirla en términos más normativos e influidos por sus propios críticos positivistas (ver Lakatos y Musgrave 1974). Esperamos entonces que se entienda que, lo que proponemos, no tiene un carácter normativo-metodológico, sino que se formula en términos de factores históricos y sociales que influyen en el devenir de las ciencias (sociales, en este caso).²⁴

²³ Un aspecto central de la teoría de la espiral del silencio es el de que los sujetos solemos «pulsar» informalmente el clima de opinión predominante y acostumbramos conformarnos *en alguna medida* al mismo —por lo menos, así informarlo, por ejemplo en encuestas de opinión—, por un cierto temor a quedar solos y aislarnos. Advierto que ésta es un sobresimplificación de la misma.

²⁴ Karl Popper, hasta su deceso, atacó lo que él llamaba el «mito del marco común», pero creo que nunca aceptó su confusión entre la lógica y lo normativo de la metodología científica, y el análisis histórico y sociológico de los determinantes del pensamiento científico (Popper, 2005).

Cambios en los «climas de opinión» académicos.

El pensamiento social es cambiante. Posiblemente podríamos referirnos a un cierto *episteme* dominante en América Latina durante los decenios de 1960 y 1970, en el que predominaron las miradas estructurales y totalizadoras, la crítica social y la utopía; y otro *episteme* reinante en las dos siguientes décadas, las de 1980 y 1990, de mirada fragmentada de la realidad histórico-social, individualismo, y de mayor conformismo. En los sesentas y setentas, cuando el tema central de las ciencias sociales latinoamericanas fue el del desarrollo económico, la crítica a las economías de mercado era una cuestión de aceptación más o menos generalizada (Sonntag, 1989). Pero el «clima de opinión» imperante en los últimos dos decenios del siglo, los años ochenta y noventa, estuvo marcado por la aceleración del proceso de globalización, del cual podemos separar analíticamente sus aspectos económicos, políticos, culturales y sociales; sin embargo, lo predominante en el discurso hegemónico fue el énfasis apologetico en el «libre comercio». Un signo del tiempo en estos dos últimos decenios del siglo XX fue el predominio ideológico del neoliberalismo y del llamado «consenso de Washington», la crítica a la participación del Estado en la economía como lo «políticamente correcto», etc. (Mato, 2007). En el plano intelectual hubo dos configuraciones discursivas que influyeron —en mayor o menor medida— sobre las ciencias sociales y las humanidades. Se trata del mencionado predominio ideológico y del peso político del pensamiento neoliberal (en especial la economía neoclásica), y de las influencias, en algunos momentos difuminadas, en otros bastante evidentes, del pensamiento posmoderno (Sánchez Ruiz, 2009). Si bien no necesariamente se originan de la misma matriz discursiva o epistemológica, estas dos constelaciones de sentido encontraron en muchos momentos una gran intersección, de tal manera que se llegaron a combinar para constituir una especie de «clima de opinión» global, o *episteme*, conducente al conformismo y acriticismo globales —lo que podría resumirse con la expresión de «el fin de la historia» (Fukuyama, 1992). Nos parecería que en la actualidad, a raíz de la crisis del capitalismo, nos encontramos en un período de posible mutación histórica, que podría llevarnos a una síntesis creativa, posibilitadora de nuevas propuestas epistemológicas, éticas y políticas. Pero antes de acometer la búsqueda hacia el futuro, revisemos un poco más el pasado más o menos reciente.

En el período inmediato al término de la segunda guerra mundial, emergieron dos potencias hegemónicas: Estados Unidos y la Unión Soviética, con sus respectivas áreas de influencia (nunca definitivas, siempre contestadas, pero más o menos delimitadas). Surgió la llamada «guerra fría», que trasladó lo político-militar al ámbito propagandístico y cultural. A nosotros en Latinoamérica «nos tocó» la influencia económica, política y cultural estadounidense. Hacia fines de los cuarenta y durante los cincuenta, nos llegaron por diversas vías las «ciencias de la conducta» (*behavioral sciences*) de Estados Unidos, que influyeron en las nacientes ciencias sociales latinoamericanas.²⁵ Pero la «guerra fría» también tuvo un cierto reflejo en el ámbito académico. A partir de la observación de las enormes desigualdades y carencias que se fueron produciendo en los países de América Latina con el desarrollo del llamado capitalismo dependiente, surgieron puntos de vista críticos en las ciencias sociales del subcontinente, que a su vez se alimentaron con corrientes intelectuales europeas, como el existencialismo, incluido el marxismo académico (y desde luego también el marxismo dogmático de los partidos comunistas). Simplificando mucho la diversidad de lo real, se puede decir que coexistieron dos principales matrices de sentido relacionadas con las dos más importantes utopías de posguerra: el capitalismo y el socialismo (Therborn, 2000).

Si bien en realidad no existieron en «estado puro», se habló por un lado de un enfoque empirista, epistemológicamente influido por el positivismo lógico, que se basaba mucho en un cierto individualismo metodológico y que, sin embargo, teóricamente visualizaba a la sociedad como un organismo en estado de equilibrio (funcionalismo, con un acento en la integración y armonía social). Ideológicamente, en este enfoque se ensalzaba la libertad de los individuos como valor principal.

²⁵ En México, además del positivismo y del llamado funcionalismo de origen básicamente estadounidense, llegó un enfoque predominantemente humanista, a partir de la inmigración española de los años treinta. Junto con la temática indigenista, estos enfoques parecen haber caracterizado a la entonces naciente sociología mexicana, reflejada en la primera época de la *Revista Mexicana de Sociología*, de los años treinta a los cincuenta (Sefchovich, 1989). En España, por la dictadura franquista, hubo pocos desarrollos en las ciencias sociales en esos tiempos, pues muchos de sus mejores pensadores emigraron.

Con respecto al tema del desarrollo nacional, las teorías predominantes en este episteme a fines de los cincuenta y ya durante los sesenta, fueron las de la «modernización», ya fuera por el cumplimiento de etapas necesarias, como en la teoría de Walt Rostow, o en virtud de la adopción de rasgos «modernos» por un *efecto demostración* que operaría desde los países industrializados (Sánchez Ruiz, 1986). Los medios ocuparon un lugar prominente en estas teorías, como en la de la difusión de innovaciones (Rogers y Shoemaker, 1974). En los organismos internacionales, en particular en la UNESCO, predominó desde los cincuenta y *dominó* durante los sesenta el criterio de que a nivel internacional se debía propiciar el «libre flujo» de la comunicación, aunque en realidad los diagnósticos posteriores mostrarán que dicho libre flujo (o, «libre circulación») solamente favorecía a unos pocos países.

Relacionado con la utopía socialista, del otro lado se proponía un enfoque que partía de una epistemología dialéctica y predominantemente racionalista. A diferencia del individualismo metodológico de la otra perspectiva, en esta se enfatizaban actores colectivos (las clases sociales, por ejemplo) y la interacción de estructuras (se llegó a hablar de «causalidad estructural» y de un enfoque «totalizante» u holístico). Predominaba aquí una teoría del conflicto (lucha de clases); y a la libertad de los individuos se respondía con la necesidad del colectivo. En la medida en que las teorías de la modernización no se consideraban adecuadas para guiar —o analizar— el desarrollo latinoamericano, se propusieron enfoques críticos, donde la teoría del imperialismo, y ciertos aspectos del enfoque estructuralista cepalino²⁶ del desarrollo, derivaron —no sin ajustes, diálogos y desencuentros teórico-ideológicos— en la propuesta latinoamericana de la dependencia (Dos Santos, 2002). Durante los años sesenta surge entonces el enfoque de la dependencia, que para los años setenta se generaliza relativamente en América Latina, en particular en las universidades públicas (Sánchez Ruiz, 1988). Con relación a los medios e industrias culturales, se generalizan las expresiones «dependencia cultural», o «imperialismo de medios». Sin embargo, se podría decir que el análisis crítico de medios nació tempranamente, en 1963,

²⁶ Relativo a la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe), organismo de la ONU.

cuando se publicó en Caracas el libro del filósofo Antonio Pasquali, *Comunicación y Cultura de Masas*.

Los sesenta y los setenta fueron unos decenios de considerable trascendencia para el pensamiento latinoamericano, en particular para las ciencias sociales. Se trató además de dos décadas de mucha turbulencia y movilización de fuerzas para el cambio en el mundo. Un dato fundamental que caracterizaba el devenir global en ese tiempo, fue la desigualdad internacional, corolada por el dominio «neocolonial» de unas cuantas potencias, lideradas por los entonces dos grandes hegemones: La URSS y Estados Unidos. La desigualdad entre y al interior de los países motivó la búsqueda de alternativas para la construcción, y para el conocimiento, del entorno —nacional e internacional— y su devenir histórico (Therborn, 2000). En lo que toca a nuestro subcontinente, las desigualdades eran, como lo siguen siendo, lacerantes, aunque se vislumbraron algunas esperanzas históricas con la irrupción del socialismo por la vía revolucionaria en Cuba (1959) y por la vía democrática, casi tres lustros después, en Chile (1973). La alternativa socialista fue contrarrestada, entre otros aspectos, con la instauración, apoyada por Estados Unidos, de regímenes militares de derecha en algunos países latinoamericanos, así como por otros regímenes burocrático-autoritarios, como el del PRI en México (Córdova, 1972). El capitalismo latinoamericano produjo procesos de «desarrollo dependiente y asociado», como les llamó Fernando Henrique Cardoso (1973), lo que a su vez propició el surgimiento de países «semiperiféricos» (Wallerstein, 1979), como Argentina, Brasil o México. En los años sesenta y setenta, como ya comentamos, con la influencia del estructuralismo económico (Rodríguez 2006) de la CEPAL²⁷ y de la teoría marxista, y como respuesta al dominio en los cincuentas y sesentas de los enfoques empiristas estadounidenses, surgió el «estructuralismo latinoamericano»,²⁸ y la que se denominó la «teoría de la dependencia» (Dos Santos, 2002), que algunos estudiosos como el sociólogo del desarrollo Cardoso, prefirieron llamar «enfoque», más que

²⁷ Comisión Económica para América Latina, Agencia de la ONU dirigida entonces por Raúl Prebisch.

²⁸ Esta versión del «estructuralismo», emanada de la economía y de la sociología del desarrollo, no estaba emparentada con el estructuralismo europeo, de raíz lingüística, que se había gestado principalmente en Francia.

«teoría» (Cardoso y Faletto, 1971). Hubo por lo menos dos versiones de la teoría de la dependencia: una primera, «dura», que proponía un comportamiento cuasilegal del capitalismo dependiente latinoamericano, de tal forma que, en la medida en que los países periféricos —los latinoamericanos— tuvieran mayor contacto con los países centrales —particularmente, para ese tiempo, Estados Unidos—, supuestamente sufrirían procesos inexorables de empobrecimiento, lo cual fue históricamente inexacto. Quien proponía esta versión «dura» de la dependencia era André Gunder Frank (1969), un economista belga que residió algunos años en Santiago de Chile durante los sesentas. Por su simplicidad, este enfoque tuvo muchos seguidores. Pero hubo versiones más sofisticadas de las situaciones de «desarrollo dependiente» o del «nuevo carácter de la dependencia», (como las de Theotonio dos Santos y Fernando Henrique Cardoso, quienes sin embargo tuvieron también sus diferencias entre sí; ver Dos Santos, 2002). Estos acercamientos demostraban que *sí* habían ocurrido procesos de desarrollo capitalista en algunos países (Argentina, Brasil, México) pero que estos procesos de desarrollo y generación de riqueza habían producido gran desigualdad al interior de los países, y lazos de asociación dependiente con los países centrales (especialmente Estados Unidos, para el caso latinoamericano). Lo que me interesa apuntar aquí es que, desafortunadamente, en virtud de la simpleza (y fuerza retórica) de la teoría de Frank, ésta tuvo gran influencia en las ciencias sociales latinoamericanas, pero también y principalmente en los estudios sobre comunicación. Así, en lugar de ver los flujos de comunicación internacional de manera compleja y multideterminada, se tendió a ver como una situación casi estática de «comunicación dominada» (Beltrán y Fox, 1980). La desigualdad internacional se veía como casi «definitiva» y esto hacía que no se previeran posibilidades de desarrollo para las industrias mediáticas latinoamericanas (lo cual *sí* ocurrió en los países «semiperiféricos», como el sector audiovisual en México y Brasil). El complemento de una rígida teoría de la ideología, que hacía pensar en los medios como «jeringas simbólicas», no daba muchas esperanzas con respecto a un probable proceso de democratización mediática. De ahí a los planteamientos más o menos monolíticos de «dependencia cultural» o de «imperialismo de medios» no había más que un paso. Finalmente, el acento negativo (o *negativista*) del análisis de la «escuela de Frankfurt» (Theodoro Adorno, Max Horkheimer),

otra influencia importante en los estudios mediáticos latinoamericanos, como lo comenta Raúl Trejo en su capítulo, llevó a que el «episteme» predominante (aunque no único) fuera eminentemente «apocalíptico» (Eco, 1975).

Quizás este es el lugar para comentar que, junto con versiones más o menos serias y rigurosas de las ciencias sociales críticas durante esos años, incluyendo algunas vertientes del marxismo académico, hubo una tendencia a cierta «sobreideologización», que en algunos casos llegó a posturas dogmáticas, casi religiosas.²⁹ Estas posiciones, de hecho, impedían incluso la investigación empírica, pues en algunos casos bastaba con citar a los «clásicos» (Marx, Lenin, Mao) o a los grandes autores contemporáneos (Althusser, Coletti, Gramsci...), para llegar a conclusiones «verdaderas» (Sánchez Ruiz, 1992). Pero afortunadamente las perspectivas críticas y el marxismo académico no se agotaban en las posturas dogmáticas, sino que hubo aportaciones importantes al desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanas (Borón, Amadeo y González, 2006).

Pensamiento crítico y democratización comunicacional.

A partir de una reunión internacional que organizó CIESPAL³⁰ en 1973 en Costa Rica, los analistas críticos latinoamericanos comenzaron a proponer que se instrumentaran políticas nacionales de comunicación, con el fin de «democratizar los medios», es decir, reducir las desigualdades nacionales e internacionales en el acceso a los medios de expresión pública (Beltrán, 2000).³¹ Esta bandera fue tomada por la UNESCO, que comenzó a organizar reuniones internacionales con este tema (primero, de expertos, 1976, luego, gubernamentales, 1979). Además, uniéndose al reclamo internacional por un Nuevo Orden Económico

²⁹ Religiosas precisamente en el sentido de tomar las teorías como dogmas de fe.

³⁰ Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina y el Caribe, de la UNESCO.

³¹ Las propuestas partían de diagnósticos empíricos sobre la desigualdad, no tanto de la «postulación» doctrinaria de la misma.

Internacional (NOEI), los latinoamericanos propusieron la instauración de un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOMIC). Así, durante los años sesentas y setentas surgieron y se desarrollaron enfoques críticos en las ciencias sociales, que influyeron y constituyeron a los estudios sobre medios de difusión e industrias culturales. La democracia y la democratización de la llamada comunicación masiva han sido una preocupación constante para los investigadores latinoamericanos y, en consecuencia, esto se ha manifestado en las indagaciones y las teorizaciones producidas.

Si bien durante las dos décadas referidas, América Latina tuvo un enorme déficit democrático en términos políticos-electorales, pues imperaron las dictaduras y regímenes autoritarios, la relación de los medios con la democracia se veía predominantemente en otros términos. Es decir, el acento estaba puesto en lo concentrado de las estructuras de propiedad y control y, por lo tanto, en lo «antidemocrático» que resultaba la falta de acceso de otros grupos y clases sociales a los medios de expresión pública, a niveles nacionales, y de algunas regiones y países, en el plano internacional.

El lector o lectora podrá ver fácilmente que este autor simpatiza con las perspectivas críticas de las ciencias sociales latinoamericanas. Pero en la medida en que trato de ser congruente con mi propia posición crítica, trato también de no ser autocomplaciente. Así, encuentro una fortaleza muy grande en el predominio de los enfoques críticos, que se enriquecieron con otros no necesariamente antagónicos, sino complementarios, dada la complejidad de los objetos y procesos estudiados, como la semiología y el estructuralismo lingüístico, el análisis del discurso, los aportes filosóficos y pedagógicos de Paulo Freire; el estudio de la comunicación popular y de las culturas populares, que a la vez se nutrió con aportes de los estudios sobre movimientos sociales; a partir de estos últimos, surgió el interés por los «medios alternativos», que al principio excluían las nuevas tecnologías, pero que eventualmente las integraron, como posibilidades de movilización y participación democrática (Sánchez Ruiz, 1992). Pero también encuentro una debilidad en la forma bastante simple en que se solía conceptualizar el poder, la dominación y la hegemonía. Desafortunadamente, el punto de vista lineal y monolítico de las teorías de la ideología y de la dependencia predominó en muchas de las investigaciones y, principalmente, teorizaciones críticas que se

realizaron en relación con los medios en Latinoamérica. También creo que ha sido una equivocación histórica el haber rechazado de bloque enfoques diferentes de los dominantes, como cuando se impugnaba en su totalidad el empirismo estadounidense, que tenía —y tiene, creo yo— muchas lecciones que enseñarnos, por ejemplo, con respecto al rigor y la disciplina académica (lo cual sucedió también durante las dos últimas décadas del siglo XX, cuando absurda e infantilmente se enfrentaban como antagónicas las técnicas cuantitativas y cualitativas de investigación). He comentado en otras partes que hemos padecido dos defectos «epistemológicos»: uno es la tendencia al maniqueísmo, y el otro, complementario, el «modismo» (Sánchez Ruiz, 1988; 1992). Es decir, por un lado, la tentación que tenemos de ver el mundo dividido en «blanco y negro», «buenos y malos»; y, por otro lado, el que nuestros colegas gusten de adoptar enfoque tras enfoque en un interminable desfile de modas, desechando las aportaciones previas antes de que terminen de probar su valor, que siempre será, de todos modos, relativo e incompleto.

En 1978 se funda la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIC), por parte de intelectuales democráticos de varios países, especialmente de Venezuela y de Colombia. En 1980, se publica el famoso Informe MacBride, del cual he sostenido que hay aspectos en su descripción de las desigualdades informacionales, comunicativas y mediáticas, que no han cambiado mucho en la actualidad (Sánchez Ruiz 2005b). Me parece que ALAIC surge en una coyuntura de cambio, cuando todavía predominaban esos enfoques estructurales y totalizantes, pero cuando también se estaban descubriendo las complejidades de la cultura, al tiempo en que se iban redescubriendo los *sujetos*, tanto individuales como colectivos. Pero se refunda y resurge a fines de los ochenta, en una época de cambios fundamentales de naturaleza política, económica, cultural y epistémica (Marques de Melo, 2007).

El decenio de los ochenta fueron los años en que el mundo en su conjunto observó un repunte de la derecha, con el ascenso del pensamiento neoliberal —traducido en políticas públicas—. Los años en que Estados Unidos y Gran Bretaña se retiraron de la UNESCO, en virtud de que en su seno se patrocinaban estudios que mostraban las enormes desigualdades en el campo de la información y la comunicación, y se proponían formas para disminuir la inequidad, en un «nuevo orden mundial de

la comunicación» (Sánchez Ruiz, 2005). Es decir, en el mundo no solamente ocurrían cambios epistemológicos, teóricos o metodológicos, sino que también había cambios en los paradigmas dominantes de la política y la economía y, desde luego, en las correlaciones de fuerza, pues al cabo de la década de los ochenta, pasamos de un mundo bipolar, a uno hegemonizado por una sola gran potencia, particularmente en lo político y en lo militar. Como ya comentamos antes, las definiciones aparentemente más «técnicas» y de índole supuestamente cognitiva o epistémica, no están exentas de reflejar posturas, o por lo menos de tener consecuencias de carácter político (Biltreyest, 2002; Yúdice, 2004; Sánchez Ruiz, 2009).

Caída del muro de berlin; la hegemonía «neoliberal»

Suele señalarse 1989, año en que se «derrumbó» el Muro de Berlín, como una especie de parteaguas, pues con el Muro se habrían derrumbado simbólicamente la utopía socialista y las teorías que la sustentaban, particularmente el marxismo. Pero junto con las certezas de la teoría marxista cayeron muchas otras, pues entraron en crisis los llamados «macrorelatos» (por lo menos, eso dictaminaron algunos autores llamados «posmodernos»), o grandes paradigmas (Del Castillo, 2001). Si el socialismo apareció como derrotado, al mismo tiempo se consideró el «triunfo del capitalismo»; a la vez, éxito del neoliberalismo, como doctrina política y económica dominante en el mundo. Ese era «el fin de la historia» que anunciaba Francis Fukuyama (1992), refiriéndose a que, con la caída del «comunismo»,³² se habría instaurado triunfante un mundo final, basado en la economía de mercado y en la democracia liberal. El mercado apareció entonces como reinante, mientras que el Estado se desacreditó ante la hiperburocratización en el «socialismo real». Una «nueva derecha» ocupó en los ochenta el poder en algunos de los países más influyentes del mundo (Margaret Thatcher en Inglaterra, Ronald Reagan en Estados Unidos), quienes se convirtieron en oficiantes globales de una nueva iglesia fundamentalista: el llamado neoliberalismo, con su culto a las

³² Los regímenes que pensadores de izquierda preferían llamar del «socialismo real», para diferenciarlos de la utopía socialista emanada, entre otras fuentes, de la doctrina marxista.

fuerzas del mercado. El nuevo episteme, la matriz discursiva productora del nuevo clima global de opinión, surge desde la derecha anglosajona. Curiosamente, pasamos de un tipo de economicismo, el marxista, a otro, el neoliberal.³³ La sociedad, vista como sistema, desapareció e irrumpieron los individuos racionales («*rational choice*»), informados, buscadores de útiles, que presupone la teoría económica neoclásica. Por otro lado, surge a una posición prominente en las ciencias sociales, las humanidades y las artes el llamado posmodernismo, con un fuerte rechazo a la razón (la ciencia, la filosofía tradicional, ambas herederas de la Ilustración). Frente al optimismo histórico por la fe en la razón del pensamiento ilustrado, los posmodernos piensan que no hay remedio ni alternativas históricas a lo que ya existe (los males de la humanidad, en gran medida producto de «la razón»). La sociedad en su conjunto desaparece (o se diluye) y la sustituyen sujetos individuales descontextuados o, peor aún, sólo discursos. Por cierto, en este caso, no hay correspondencia entre estos sujetos y aquellos individuos racionales del neoliberalismo. Pero en ambos casos, se sustituye la mirada del bosque (el todo estructurado), por la de los árboles (los sujetos individuales). Ya vimos en el capítulo de Raúl Trejo que a los posmodernos solían gustarles los discursos «densos», abstractos, en ocasiones incomprensibles, lo que culminaría en el episodio de Alan Sokal ridiculizando a la revista *Social Text* y sus editores posmodernos. En un trabajo posterior, Sokal (2008) demuestra que el pensamiento posmoderno podía identificarse con una cierta forma de «pseudociencia».

Con respecto a este enfoque, se preguntaba Anthony Giddens (1996: 227):

¿Deberíamos entonces quizás aceptar, como algunos de los posmodernistas dicen, que la Ilustración se ha agotado a sí misma y que tenemos más o menos que tomar al mundo tal como es, con todas sus barbaridades y limitaciones? Seguro que no. Casi lo último que necesitamos ahora es una suerte de «nuevo medievalismo», una confesión de impotencia frente a fuerzas más grandes que nosotros mismos. Vivimos en un mundo radicalmente dañado, para el cual se necesitan remedios radicales.

³³ Es interesante también que, desde la visión dogmático-utópica, también el comunismo se suponía que iba a ser el «fin de la historia». ¿Será que los extremos terminan tocándose?

Considero pertinente citar también, a este respecto, a Manuel Castells (1999: 30), con cuya opinión también coincido:

La cultura y la teoría posmodernas se recrean en celebrar el fin de la historia y, en cierta medida, el fin de la razón, rindiendo nuestra capacidad de comprender y hallar sentido incluso al disparate. La asunción implícita es la aceptación de la plena individualización de la conducta y de la impotencia de la sociedad sobre su destino.

El proyecto que informa este libro nada contra estas corrientes de destrucción y se opone a varias formas de nihilismo intelectual, de escepticismo social y de cinismo político. Creo en la racionalidad y en la posibilidad de apelar a la razón, sin convertirla en diosa. Creo en las posibilidades de la acción social significativa y en la política transformadora, sin que nos veamos necesariamente arrastrados hacia los rápidos mortales de las utopías absolutas. Creo en el poder liberador de la identidad, sin aceptar la necesidad de su individualización o su captura por el fundamentalismo. Y propongo la hipótesis de que todas las tendencias de cambio que constituyen nuestro nuevo y confuso mundo están emparentadas y que podemos sacar sentido a su interrelación. Y, sí, creo, a pesar de una larga tradición de errores intelectuales a veces trágicos, que observar, analizar y teorizar es un modo de ayudar a construir un mundo diferente y mejor.

Los «credos» que manifiesta Castells significan la propuesta de una nueva síntesis, que retoma elementos del episteme dominante con otros no «superados», del previamente reinante. Esperamos que, en efecto, estemos ya de regreso hacia una mayor fe en la razón y la solidaridad humanas —en las que parecían no creer los posmodernos—, y una retirada del individualismo egoísta y fragmentador, que está en el centro de la fe en el mercado, de la religión secular llamada «neoliberalismo».

El Estado, para los ideólogos del neoliberalismo, probó en la ex-Unión Soviética y en México, en Polonia y en Perú, su inviabilidad como rector de la economía, como guía e instrumento de la colectividad en el camino hacia una sociedad más ... ¿Justa? ... no, más justa no, sino más «productiva». Para ellos, al parecer el individualismo —y por lo tanto el egoísmo—, mostró históricamente estar más cercano a la «esencia» de la naturaleza humana, que el altruísmo y la solidaridad, por sobre cualquier otro principio que priorice la comunidad, la colectividad, o la sociedad. La ley de la selva debía prevalecer, porque la razón está del lado del poder. Y durante los últimos dos decenios del siglo pasado fue

el liberalismo la ideología del poder a nivel mundial. Otro aspecto interesante de estas transiciones ideológico-epistémicas es que a partir de las izquierdas surgió el interés por estudiar los movimientos sociales, más o menos substituyendo éstos a las clases sociales como actores clave del devenir histórico (Houtart, 2006). El «malo» anterior, la burguesía, fue substituído por el Estado: aquí también, la derecha neoliberal coincidió con algunas izquierdas (el gobierno visto como un «estorbo» para el buen funcionamiento del mercado).

Algunas personas se refirieron al decenio de 1980 como la «década perdida», pues muchos países, especialmente en América Latina, sufrieron fuertes crisis económicas. Curiosamente, nuestros países latinoamericanos, de capitalismo periférico —o semiperiférico— y dependiente, culminaron una década como la de los ochenta, de terrible crisis del capitalismo periférico y dependiente, abrazando como única opción histórica la ideología dominante, neoliberal, del capitalismo. Ante el fracaso del capitalismo salvaje, más capitalismo. En principio no se presentaron nuevas utopías alternativas a la ley de la selva del individualismo consumista y posesivo en su etapa global. Es también de llamar la atención que los países capitalistas avanzados hayan tenido durante los ochenta un decenio de relativa prosperidad, de auge económico, pero *basado en una intensa y extensa intervención del Estado*, como fueron los casos de los gobiernos con enormes déficits fiscales de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, o el de economía de guerra de George Bush. Es muy interesante saber que la expansión japonesa en todo el orbe, haya estado basada en una *activa* participación del Estado, en combinación con las grandes corporaciones privadas, en la planeación tecnológica y financiera, y en estrategias proteccionistas de su propio mercado interno (Castells, 1999). Las expansivas China y Rusia, ambas «postcomunistas» también han basado su desarrollo reciente en una combinación de la acción estatal con el capital privado. Desafortunadamente, en ambos casos con un papel mínimo de la sociedad civil como participante activo (como no sea de mano de obra sobreexplotada, en el caso de China). Una manifestación de la moda neoliberal, a pesar de su desprecio retórico por el papel del Estado, llama a intervenciones determinantes de éste para regular los flujos monetarios y controlar la inflación, mal mayor de la economía para el liberalismo monetarista («¿contradicción en los términos?»). Más en general, la constitución de bloques económico-políticos,

en que consiste la globalización, a su vez ha mostrado nuevas formas de proteccionismo en las relaciones comerciales internacionales.³⁴

Recordemos que en la teoría del Estado propuesta por V.I. Lenin (1976), se suponía que en el proceso histórico de transición al socialismo y, especialmente al comunismo, el Estado por necesidad (o, más propiamente, por no haber ya necesidad del mismo), desaparecería. Entonces, en el marxismo-leninismo, tanto como en el neoliberalismo, se concibe al Estado como un estorbo histórico, condenado a desaparecer (o por lo menos, a «minimizarse»)³⁵ En los países del socialismo «real», el llamado leninista a la *desaparición del Estado* resultó en su opuesto: la presencia ubicua y opresiva del mismo. La teoría del Estado leninista se topó con la terquedad de la realidad histórica concreta, *de la misma forma como la utopía neoliberal se confronta básicamente con la misma terquedad histórica*: el Estado se niega a desaparecer y ni siquiera la aparente «falta de demanda» que implica el predominio ideológico neoliberal, lo reduce tanto como los principios de esta ideología lo quisieran.

Hoy, que el capitalismo está nuevamente en crisis, los llamados a la participación estatal vienen de los mismos países capitalistas avanzados, como Estados Unidos o la Unión Europea. Quizás no es el Estado en sí y por sí del que hay que desconfiar, o al que hay que culpar de los males del socialismo y del capitalismo. Lo importante de analizar es su constitución histórica, su base social y legitimidad, así como el *tipo de intervenciones* que el Estado realice, que favorezcan o no los intereses de determinadas clases y categorías sociales, grupos étnicos, *élites*, individuos. Es decir, la forma de operación específica del aparato estatal es una función de la base social que lleva a la conformación histórica de regímenes concretos. Es una cuestión de si el Estado y los regímenes y gobiernos que lo actualizan, emergen o no de *procesos democráticos y participativos e incluyentes*. Una cosa son las enormes y rapaces burocracias que operan por el principio del menor esfuerzo posible, y otra es la necesidad histórica de un ente social que recoja e instrumente las

³⁴ Sobre los orígenes ya remotos del proceso de constitución del sistema mundial, las «economías mundo» y la globalización, ver: Braudel (1984); Wallerstein (1976).

³⁵ Aclaremos que, más que para Marx, fue para Lenin que el Estado debía desaparecer inexorablemente. Consultar a Draper (1977).

reglas de la convivencia humana en cualquier sociedad; que administre lo común (incluyendo el «bien común»), y necesariamente ejerza el monopolio de la violencia física sobre quienes contravengan tales reglas de la convivencia social pacífica y civilizada (Sánchez Ruiz, 2005a). Otra vez, lo importante es que esas reglas, traducidas en constituciones, leyes y reglamentos, usos y costumbres, acciones ciudadanas, no se originen en la imposición más o menos unilateral y arbitraria de los intereses de unos pocos sobre la mayoría, sino que surjan de procesos que impliquen la mayor participación posible de las diversas clases, categorías, grupos, movimientos sociales, élites, sujetos sociopolíticos: «El Estado-nación y el gobierno nacional pueden estar cambiando su forma, pero ambos mantienen una importancia decisiva en el mundo actual» (Giddens, 1999: 68).

Se debe aceptar, por otra parte, que las fuerzas del mercado efectivamente ejercen presiones estructurales y coyunturales sobre los precios y las cantidades de lo que se ofrece y lo que se demanda en su seno. Sería equivocado negar que la oferta y la demanda son factores que *influyen* en los procesos económicos. Sin embargo, no son los únicos ni los últimos determinantes y, para que el mercado opere como lo esperan los economistas neoliberales, se deben cumplir una serie de presupuestos que hasta ahora, en principio, nunca han existido, como la competencia perfecta y la no interferencia de varias «imperfecciones del mercado», como la misma intervención gubernamental. Por otra parte, al contrario de lo que la utopía neoliberal espera, el mercado y sus leyes no parecen llevar a una más justa, equitativa, distribución de la riqueza ni dentro de los países, ni entre las naciones. El equilibrio, el pleno empleo de factores de la producción y recursos, el bienestar generalizado, se escapan de las «leyes» del mercado. *No existen casos históricos conocidos, perdurables, de «equilibrio» y «pleno empleo», ni casos de igualdad —ni relativa, ni absoluta— estable en el largo plazo, de las remuneraciones a los factores de la producción*, como clama la utopía neoclásica o neoliberal. Más bien, parece operar con cierta legalidad la observación marxista de que existe una tendencia en el capitalismo hacia la concentración y la centralización del capital, que se presenta hoy en día en el papel cada vez más preeminente y dominante de las grandes corporaciones transnacionales al nivel de la economía global. Estos actores clave del sistema mundial, por otro lado, son los que están configurando la nueva división interna-

cional del trabajo y los procesos de globalización y regionalización, que sin embargo no pueden prescindir del apoyo de gobiernos nacionales, cuando se supone que los estados nacionales pierden a su vez la centralidad y el significado que hasta hace poco tenían como unidades de poder, así como en tanto unidades del análisis científico social (Ianni, 2005). Finalmente, entonces, el dilema histórico actual no es necesariamente del *mercado versus el estado*, sino de la «mejor» combinación posible y la mutua regulación entre ambos, en interacción con otras instancias de la sociedad civil, no solamente como consumidores, sino como ciudadanos y actores históricos.

Mitos posmodernos y estudios culturales

Durante los decenios de 1980 y 1990, al tiempo en que los enfoques críticos y estructurales de las ciencias sociales se iban desplazando y en principio «se derrumbaron» junto con el muro de Berlín, fue tomando auge el enfoque culturalista, que partió en mucho del proceso de conversión de la escuela de Birmingham, del marxismo y la teoría de la ideología, a los llamados «estudios culturales» (Reynoso, 2000; Follari, 2002; Mattelart y Neveu, 2004). Intimamente relacionados con éstos, se desprendieron nuevas formas de «análisis de recepción», en especial con respecto a los mensajes mediáticos. Durante la segunda mitad de los ochenta y primera de los noventa, este enfoque, bautizado en líneas generales como «culturalista», devino en moda, adoptada en muchos casos acrítica y desinformadamente en todo Latinoamérica.³⁶ Y el problema con las modas es precisamente que comúnmente tienden a descalificar otras formas de hacer, a partir simplemente de que éstas no compartan elementos superficiales como pudieran ser ciertas retóricas comunes. De cualquier manera, *quien piensa que solamente su punto de vista es válido,*

³⁶ Uno escuchaba o leía citas a los culturalistas ingleses, o a los autores latinoamericanos como Jesús Martín Barbero o Néstor García Canclini, descontextuadas y sin que pareciese que verdaderamente se habían leído los textos. Por otra parte, un problema era que tales autores eran utilizados como *autoridades*, es decir que, con frecuencia, lo que ellos *dijeran* se tomaba como verdadero, sin suscitar o motivar estudios empíricos.

es intolerante y por lo tanto autoritario. Las modas intelectuales son con demasiada frecuencia asaz intolerantes. Decía C. Wright Mills (1974: 33) en los años cincuenta: «En todas las épocas intelectuales tiende a convertirse en común denominador de la vida cultural determinado estilo de pensamiento. Es cierto que hoy en día muchas modas intelectuales se difunden ampliamente para ser abandonadas por otras nuevas en el curso de dos o tres años». A lo que añadía: «El que prevalezca un común denominador no significa, naturalmente, que no existan otros estilos de pensamiento y otros tipos de sensibilidad» (*ibidem*).

Así, quienes siguieron estudiando a los medios desde perspectivas por ejemplo de la economía política crítica, pudieron verse un tanto «deslegitimados» en algunos foros, entre algunos de nuestros colegas que se sumaron en tropel a las nuevas modas culturalistas.³⁷ Algo similar sucedió con los estudios «cuantitativos», por ejemplo, tanto los de contenido como de los procesos de recepción, en la medida en que las técnicas y métodos cualitativos acompañaron a la moda culturalista. En determinados casos, por cierto, a algunos de ellos *también* se les olvidó lo comunicacional y sus investigaciones se acercaron mucho más a algún tipo de antropología cultural, donde la comunicación quedaba en realidad solamente enunciada, o como simple trasfondo para otras prácticas «socioculturales». Esta perspectiva influyó también a los «nuevos» acercamientos al estudio de la recepción.³⁸ Si bien la óptica analítica se complejizó, en ocasiones el punto de vista crítico, que había caracterizado previamente a la investigación latinoamericana, se diluyó.

De hecho, tanto el culturalismo inglés como el culturalismo latinoamericano, que encabezaron entre otros, Jesús Martín Barbero, Néstor

³⁷ Me gustaría que quede claro que lo que critico es la relativa intolerancia de algunos hacia modos de hacer investigación que ya existían previamente y ya habían mostrado su relativa utilidad para producir conocimiento (y cambio social, a veces), pero que no se conformaban con las modas del momento. Personalmente pienso que ningún enfoque se puede decir que esté completamente «superado», como se suele sostener de enfoques y teorías de las ciencias sociales, que después resurgen como verdaderas «novedades».

³⁸ Por cierto, para una visión crítica (y autocrítica) sobre qué tanto algunos de tales «nuevos» acercamientos «culturalistas» a la recepción en realidad estarían «redescubriendo la rueda» en algunos aspectos, ver Curran, (1990).

García Canclini y en particular en el análisis de la recepción, Guillermo Orozco, contribuyeron con una mirada más compleja a los fenómenos y procesos de influencia social de las industrias culturales (Sánchez Ruiz, 2000a). Un aspecto fundamental de este enfoque, que se puso de moda en Latinoamérica durante las dos últimas décadas del siglo, fue el énfasis que se dio analíticamente a la actividad de los receptores mediáticos. Las audiencias fueron vistas ya no como *tábulas rasas*, inermes que cual esponjas recibieran y absorbieran todo lo que los medios les enviaran, sino con diferentes grados de selectividad y acciones de apropiación, resemantización y «uso» de los mensajes mediáticos. En el extremo, se llegó incluso a afirmar que en realidad las audiencias populares «subvertían» tales mensajes (Miller y Philo, 2002). Se cayó en el extremo de un populismo de los receptores (Seaman, 1992), lo que también se denominó «democracia semiótica» (Fiske, 1987). El proceso de recepción fue resultando grandemente complejo, multimediado, y las audiencias tan activas y selectivas, lo que se combinaba con la polisemia propia de cualquier mensaje (también exagerada), que finalmente parecía que los mensajes no ejercían prácticamente ninguna influencia sobre sus receptores. Los emisores no ejercerían entonces, en principio, casi nada de poder sobre los receptores (Vassallo de López, 1995). Los medios resultaron, entonces, «hermanitas de la caridad». ¡Ah! Tenían razón los dueños y operadores de medios y los publicistas: ellos siempre dieron al público únicamente y solamente lo que el público, activamente, pedía, ni más ni menos. En caso contrario, de todos modos la audiencia tomaba de los mensajes mediáticos lo que finalmente quería. Los medios de difusión masiva, entonces, en realidad no afectaban a sus audiencias, cuyas identidades eran múltiples, cuyas culturas eran creativas y contestatarias. Entonces, todos los miles y miles de dólares que se gastan en publicidad transnacional en el mundo, ¿Serán absurdos e inútiles? ¿un desperdicio? Pues parece que sí, según el mito populista de las audiencias «impermeables.» Comenta Follari (2002):

Un caso muy claro es el referido a la idea de que quien ve TV establece márgenes propios de interpretación, de acuerdo con su background cultural y su concreto entorno. Esto es un avance, si alguien antes pensaba que la TV influía unidireccionalmente, a todos por igual, y a través de todos y cada uno de sus mensajes homogéneamente. Si bien que muchos

creyeran tal cosa no es muy probable, las discriminaciones al respecto no estaban —antes del libro de M. Barbero *De los Medios a las Mediaciones*— suficientemente trabajadas, o ni siquiera esbozadas, y fue ese libro el que consiguió plantearlas. Pero tal logro se ha pagado con un retorno a la ingenuidad transparentista en la concepción del sujeto: las personas «saben qué hacer con la TV», «no se dejan engañar», «no necesitan intelectuales que pretendan pensar por ellos», etc.

El influyente estudioso inglés de la recepción desde la perspectiva culturalista, David Morley (2001: 427), comenta autocríticamente:

...mi argumento tiene un tono polémico en la medida en que expresa escepticismo sobre las maneras en que, en algunas áreas de los estudios culturales, la crítica a algunas formas de supuesto esencialismo en ocasiones ha llevado a una celebración acrítica de todo tipo de nociones de movilidad, fluidez e hibridez, como intrínsecamente progresistas en sí mismas. En esa escritura celebratoria el foco está usualmente en la habilidad de la gente para rehacer y reformular sus identidades en formas empoderantes. Sin embargo, en mi concepto, con frecuencia se presta insuficiente atención en los procesos mediante los cuales las formas de capital cultural con las cuales la gente puede reformular sus identidades se distribuyen desigualmente y el grado en que muchas personas se ven forzadas a vivir mediante las identidades que otros les han adscrito, en lugar de por identidades que ellos hubieran escogido por sí mismos.

En algunos estudios de recepción, como lo apuntó también Immacolata Vassallo de Lópes (1995), se llegaron a soslayar las diferencias de poder entre emisores y receptores, y el acceso diferencial a los medios, por ejemplo entre las clases y grupos sociales. Así, el rasgo fundamental de la ciencia social latinoamericana, es decir, la crítica social, se desdibujaba ante un objeto de estudio que se complejizaba, al tiempo que mutaba históricamente (y en el contexto de un neoliberalismo hegemónico, que como indica Martín Barbero, lo convertía todo en mercado o en mercancía). Recordemos que, por su parte, el postmodernismo aportó una dosis fuerte de conformismo social. Hubo en un momento dado la apariencia de que algunos de los estudios «críticos», especialmente los de recepción, se habían tornado en apologistas del orden de cosas, pues entre tanta complejidad, mediación, apropiación y «negociación», ya los grandes intereses económicos y políticos enfrentaban tales resistencias de las audiencias, que se antojaban imposibles de vencer (Roscoe, *et*

al., 1995; Vassallo de López, 1995). Tal «populismo de los receptores», o «democracia semiótica», devino pues en que en realidad los medios parecían no ejercer influencias sobre sus públicos, que daban a aquellos lo que buscaban activamente y (confluyendo con el enfoque de usos y gratificaciones) lo que pensaban necesitar (en otra versión del «*rational choice*»). Un corolario de la presuposición de que los medios prácticamente no tenían «efectos» en sus receptores fue que los estudiosos de otras disciplinas y áreas de lo social se preguntaban qué tenía de interesante un campo cuyo principal objeto se suponía que «no hacía nada», o no afectaba a los sujetos sociales. De hecho, aunque esto se ha podido percibir en América Latina en las últimas décadas, me baso en una queja del judío-estadounidense Elihu Katz (2001):³⁹ en los años sesentas se concluyó más o menos en la teoría de los «efectos limitados», a partir de una serie de variables y factores mediadores que se fueron encontrando en la investigación empírica estadounidense, después de las indagaciones a partir de 1940 de Paul Lazarsfeld y otros (incluido, por cierto, el propio Katz).⁴⁰ Entonces, sus colegas sociólogos y psicólogos, ya en los años recientes, se preguntarían cuál era el interés o la utilidad de tales estudios, si en realidad los medios ejercían pocos (o ningunos) efectos en la sociedad receptora. Esta percepción en gran medida deslegitimaba su campo de estudio.

Desde el punto de vista epistemológico, se pasó de un predominio de puntos de vista estructurales, holistas e históricos, al de enfoques de índole micro social y micro temporal. De la mirada al bosque, al examen de los árboles. El aspecto positivo de este cambio es que las influencias de los medios se pensaron ahora, entre los estudiosos críticos, como complejas y «multimedias», incluyendo la atribución de una buena porción de «actividad» de la audiencia, mientras que en los enfoques críticos anteriores, como la teoría de la ideología, se pensaban los «efectos» mediáticos como directos y omnipotentes (Sánchez Ruiz, 2005a). Lo problemático fue que la mirada fragmentadora y miope del pequeño espacio posmoderno, no regresó al amplio espectro de lo estructural, es-

³⁹ Considerado uno de los «padres fundadores» de la investigación estadounidense de la comunicación (Schramm, 1973).

⁴⁰ Así se le pensó a partir de un libro de Joseph Klapper de 1960, con el título de *The Effects of Mass Communication*.

tructurante. Nos volvimos expertos en árboles, qué digo árboles, en corizas, ramas y hojas, es decir, en la diferencia y la multiplicidad, y nos olvidamos de que *también* está la similitud, las conexiones en patrones amplios y la homogeneidad aparente que permite la mirada al bosque. Graham Murdock recomendaba hace poco:

Como C. Wright Mills célebremente argüía en su manifiesto por la investigación social crítica, «las biografías de los hombres y mujeres [individuales] no se pueden entender sin referencia a las estructuras históricas en las que el medio ambiente de su vida cotidiana se organiza» (Mills, 1970: 175). Igualmente, el análisis de las repercusiones de las fuerzas estructurales de cambio necesita fundamentarse en trabajo etnográfico detallado de la acción cotidiana (Murdock, 2004: 23).⁴¹

Como parte del mito de las mediaciones en su versión extrema, se decía que los nuevos estudios de audiencia venían a superar a una *inexistente* «teoría de la jeringa», de origen estadounidense, la cual asumía que los medios tenían efectos directos, inmediatos, homogéneos y masivos, en sus públicos.⁴² De hecho, los investigadores empiristas estadounidenses habían comenzado a dar cuenta de procesos y variables intervinientes y mediadoras en la operación social de los medios de difusión, desde los años cuarenta, cuando en la investigación electoral se comenzó a identificar influencias mediadoras de la comunicación interpersonal y diversas formas de selectividad de los receptores (Sánchez Ruiz 2005a). Para fines de los años sesenta, junto con la propuesta de la búsqueda activa de satisfacciones en «usos y gratificaciones», también comenzaron los empiristas a diferenciar el horizonte temporal de los «efectos» de los medios en sus audiencias: del corto plazo de la «agenda setting» al mediano y largo plazo del «cultivo» (cultivation analysis). En cambio,

⁴¹ Nosotros usamos otra edición del libro de Mills (1974), una traducción publicada originalmente en 1959 por el Fondo de Cultura Económica.

⁴² La llamada «teoría de la aguja hipodérmica» nunca en realidad fue propuesta por nadie, como puede corroborarse al revisar *toda* la literatura de investigación de la primera mitad del siglo XX en Estados Unidos. Yo invito (reto) a cualquier colega a que me enseñe un solo informe de investigación que *explícitamente* parta hipotético deductivamente de la «teoría de la aguja hipodérmica». No existen. Mucho menos, un desarrollo teórico que especifique conceptualmente tal «teoría». Es en realidad un mito académico inventado *a posteriori*.

los investigadores críticos en los años setenta solíamos pensar estos procesos más directos y monolíticos: La ideología dominante se imponía directamente sobre las clases dominadas, las que no tenían acceso a la propiedad y el control de los medios de comunicación, entre otros aparatos ideológicos. Fue más bien en el campo crítico donde reinaba algo parecido a la llamada teoría de la «aguja hipodérmica».

Como continuación de la perspectiva populista, ante el mito de que la globalización estaba *homogeneizando* culturalmente al mundo, americanizándolo y europeizándolo, surgió el mito contrario, de la heterogeneidad irreductible y esencial de las culturas del mundo. La famosa «Glocalización», en realidad no era otra cosa que la «localización» de lo global, *no lo contrario*. Es decir, que el polo supuestamente débil, de los receptores y sus culturas locales, resultó mitificado cuando se les atribuyó una especie de «concha protectora» que, si no rechazaba lo global, por lo menos lo asimilaba, hibridaba y lo «inoculaba» con la cualidad de «glocal». «Como en todas las construcciones binarias —comenta Murdock (2004: 27)—, hay la tendencia a esencializar los dos términos, construyendo lo ‘local’ como la esfera de la autenticidad y de la autocreación y lo ‘global’ como el dominio de lo preempaquetado e inauténtico». Lo que finalmente encontramos es que se logra una cómoda coexistencia en cada cultura «local» de los elementos propios, con los «globales», es decir, los provenientes de la industria cultural transnacional, y los sujetos desarrollan «estratos de identidad», donde cabe desde luego uno de «identidad global» (Straubhaar, 2007). Se trata del «monomulticulturalismo» de que habla Naomi Klein (citada por Biltereyst, 2002), en la medida en que prácticamente todos los pueblos del mundo compartimos ese estrato «global» (es decir, la influencia de las transnacionales, principalmente estadounidenses).

Pero los medios siguen ocupando lugares importantes en las estructuras de poder, tanto a nivel nacional, como, y principalmente, en el concierto internacional. Las industrias culturales transnacionales continúan operando a escala global, en todas las «localidades», interactuando, mestizándose, «glocalizándose».⁴³ Finalmente, por ejemplo, en estudios

⁴³ Curiosamente, las transnacionales mediáticas, tipo MTV, adoptaron en la práctica la frase acuñada por los ecologistas: «Think globally, act locally» («piensa globalmente, actúa localmente»).

sobre las relaciones de los medios con la política, resulta que aquellos sí cumplen diferentes roles y ejercen diversas formas de influencia (de corto, mediano y largo plazo) entre sus audiencias, si bien activas, selectivas y mediadoras (Sánchez Ruiz, 2005a). En una amplia revisión reciente de la literatura de investigación sobre las influencias culturales de los medios estadounidenses en el mundo, Daniel Biltereyst (2002) encuentra que, si bien no hay evidencias claras ni para afirmar ni para negar con apoyo empírico la famosa «americanización», lo que sí es muy claro es que la manera en que se hacen las preguntas y se realizan los diseños de investigación, implica al mismo tiempo la toma de una posición política. Concluye así este autor que hay un debate político subyacente en esta línea de investigación, que debe aclararse en la discusión (Ver también Sánchez Ruiz, 2009).

Regreso de las miradas críticas a los medios

Alrededor de fines de los noventa, surgió de repente un cierto impulso «externo» (a nuestro campo) a regresar la mirada crítica hacia los medios y las industrias culturales, especialmente con respecto a la televisión, cuando se publicaron análisis críticos sobre la misma, de intelectuales de gran reputación, como el sociólogo francés Pierre Bourdieu (1998), o el politólogo italiano Giovanni Sartori (1998), o el finado filósofo germano-inglés Sir Karl Popper (Popper y Condry, 1998), entre otros.⁴⁴ Incluso Jesús Martín Barbero, quien en los ochenta nos invitaba a desplazar el objeto, «de los medios a las mediaciones», pensaba ya que era conveniente recuperar la mirada crítica hacia los medios. No podemos más que estar de acuerdo con este punto de vista, especialmente cuando añade que:

La centralidad indudable que hoy ocupan los medios resulta desproporcionada y paradójica en países con necesidades básicas insatisfechas en

⁴⁴ Desde luego que, no siendo especialistas en el tema, sus niveles de fundamentación son dispares. El más reciente «comunicólogo converso» es Manuel Castells (2010). Raúl Trejo amplía y actualiza en su capítulo este interés de científicos sociales de diverso origen disciplinario por los medios.

el orden de la educación o la salud como los nuestros, y en los que el crecimiento de la desigualdad atomiza nuestras sociedades deteriorando los dispositivos de comunicación, esto es cohesión política y cultural (Martín Barbero, 1987: xii).

Esta centralidad multidimensional de los medios, las industrias culturales y las tecnologías de comunicación e información, que algunos intelectuales como Manuel Castells (1999; 2010) redescubrieron, *estaba ya en ascenso* desde el decenio de los ochenta, cuando muchos de nuestros colegas acudían a la cultura como fuente y destino último —y casi único— de las operaciones sociales de los medios. En la medida en que los medios de difusión no se pueden reducir solamente a lo cultural, hay muchos pendientes para sus estudiosos, a partir de los múltiples aspectos y dimensiones que los caracterizan. Refiriéndome a los retos de la investigación sobre las industrias culturales en México, he opinado en varios lugares que paradójicamente la investigación sobre medios sigue siendo todavía insuficientemente *comunicacional*,⁴⁵ así como que los propios medios en su operación social lo han sido, de hecho, muy poco *de comunicación* (en el sentido de un funcionamiento vertical y poco o nada recíproco).⁴⁶ Sin embargo, también mencionaba otros retos que provienen, por ejemplo, de las tendencias del cambio tecnológico, por ejemplo, sobre la tan comentada convergencia digital, que se está traduciendo en otra convergencia, ésta empresarial/económica (las grandes fusiones y adquisiciones, la exacerbación del proceso preexistente de concentración de la propiedad y el control de los medios tradicionales.); y en el papel estratégico de los medios en los procesos actuales de desarrollo e inserción diferencial al llamado proceso de globalización; la cuestión de las políticas públicas ante el dominio de estos procesos por parte de las empresas transnacionales; el papel de los medios en la «transición democrática», en la producción y reproducción de formas de identidad sociocultural, etc. En suma, que en la investigación latinoamericana sobre medios

⁴⁵ No obstante los esfuerzos de los nuevos «comunicólogos».

⁴⁶ Nos referimos a lo muy poco de «poner en común» que propiciarían los medios (Sánchez Ruiz, 2005a).

seguimos teniendo muchas de las asignaturas pendientes de hace diez, quince o veinte años, más las que se han originado de los cambios históricos en todos los órdenes. Como campo académico, entonces, tenemos varios posibles objetos de investigación, *legítimos todos ellos*, para tenernos ocupados durante una buena parte del nuevo milenio, incluidos entre ellos muchos temas relacionados con los medios tradicionales de difusión y su operación histórica multidimensional. Insistimos: no hay *un* objeto legítimo, unidimensional, de conocimiento en nuestro campo.

Hoy, las certezas neoliberales (y las dudas posmodernas en la razón) han entrado en crisis ante la crisis del capitalismo global. Directa o indirectamente, los medios, las tecnologías de información y comunicación, y las industrias culturales, participan en y contribuyen a la constitución de este «mundo red» interconectado, aunque plagado de desigualdades y exclusiones. Participan centralmente en los procesos *económicos* y en los *políticos*, y son soportes y vehículos de la cultura más o menos compartida globalmente, que se enfrenta e interpenetra cotidianamente con las culturas e identidades particulares y locales (y sus propios medios, que no necesariamente tienen que ser de los llamados «medios pobres», o «pequeños», o «tradicionales») en todos los rincones del planeta. Se les piensa incluso como parte de los elementos definitorios de la contemporaneidad (Castells, 1999; 2010). Entonces, es conveniente volver a una noción más amplia con respecto a los medios, una que no los reduzca solamente a sus dimensiones culturales, sino que *también* los piense críticamente como parte del predominio actual del «mercado» en la sociedad, es decir, desde la economía política crítica, y que los siga concibiendo como actores fundamentales de las hegemonías políticas del nuevo milenio. Martín Barbero, en esta perspectiva, piensa que, «más que objetos de políticas, la comunicación y la cultura constituyen hoy un campo primordial de batalla política» (1987: xv). A esta posición añadiríamos que las propias políticas públicas, excluyentes de las mayorías en el liberalismo reinante, son y deben ser en la actualidad *frentes fundamentales* donde entablar *algunas de las batallas políticas estratégicas* más importantes, si en verdad esperamos heredar a nuestros hijos una sociedad menos desigual. Por tal razón, creemos conveniente tomar las políticas públicas, con respecto a las industrias culturales y los medios, como objeto

de análisis y reflexión, especialmente de estudio comparativo, para eventualmente llegar a propuestas concretas de reforma, que partan y avancen más allá de los logros de los casos exitosos, pero además, que no repitan los errores históricos. Se debería partir de que las políticas públicas con respecto a los medios no son *únicamente* políticas de comunicación, o de cultura, sino también son del orden de las políticas económicas más generales; que son —o deben ser— parte de la política de desarrollo tecnológico; y que tienen un lugar entre las políticas referentes a lo político propiamente, si por ejemplo los medios han de ocupar un sitio facilitando la transición a un orden democrático en los países latinoamericanos. Lo educativo y lo cultural, obviamente, deberán observarse como aspectos más particulares en el establecimiento e instrumentación de políticas propias de medios. De nuevo, no es desde únicamente la perspectiva comunicacional que se deberán atender los medios, en tanto objetos de estudio y objetos de política e intervención, sino desde puntos de vista interdisciplinarios. No pensamos que haya *una sola* propuesta válida en ningún terreno, que agote todas las posibilidades de análisis y acción. Hay *muchos* posibles objetos legítimos de reflexión, de investigación y de intervención. En este sentido, las propuestas y aportes que uno pueda avanzar no se presentan como «esenciales» de nada, sino como meros intentos parciales de contribuir a conocer un poco mejor —y eventualmente incluso cambiar— el mundo contemporáneo.

Los medios son instituciones complejas, múltiples y cambiantes, que deberían ser construidas como *objetos complejos, múltiples y cambiantes*, que operan socialmente desde diversas dimensiones (económica, política, cultural, social, tecnológica, organizacional, profesional, etc.), articuladas en un mismo entramado histórico social, que se desenvuelven desigualmente en el transcurrir del tiempo histórico (Sánchez Ruiz, 1992). Si a esto sumamos que muchos de los objetos de estudio de, por ejemplo, los llamados estudios culturales, son en sí mismos procesos sociales complejos, debemos llegar nuevamente a la conclusión de que la llamada comunicación es un cruce de múltiples caminos: Posiblemente la formulación de Wilbur Schramm (1973) en los sesenta, de que el campo de la comunicación es más que nada una *encrucijada*, a la que potencialmente pueden concurrir y contribuir todas las ciencias sociales y humanas, siga teniendo alguna vigencia (desde el punto de vista de la

complejidad del objeto).⁴⁷ A partir de mucho de lo que hemos escrito en estas páginas, se puede concluir que el del estudio de los medios de difusión y las industrias culturales es un *campo encrucijada*, complejo, multidimensional y cambiante, que requiere de múltiples miradas, para su mejor comprensión. Todo esto implica la necesidad de que los estudios sobre medios de difusión e industrias culturales deban ser inter-, multi- y transdisciplinarios (Vassallo de Lopes, 2002; Mattelart y Neveu, 2004; Follari, 2002).

En la medida en que los medios, las industrias culturales y todo el complejo tecnológico del entretenimiento y la información en que han devenido, insertos a su vez en los procesos globalizadores actuales, son de hecho procesos altamente complejos, *multidimensionales*, su estudio ha requerido, requiere y seguirá requiriendo el recurso a las ciencias y campos sociales y humanísticos necesarios para en cada caso comprender cada una de esas dimensiones y sus posibles articulaciones con otras (Sánchez Ruiz, 1992). Por ejemplo, quienes estudiamos algún aspecto de la globalización de los medios, *debemos* estar conscientes de que quizá el motor más importante de dicho proceso es la dinámica de la *economía mundial* (aunque la economía no agota al proceso de globalización). A la vez, que las grandes corporaciones de medios, principales actores en los procesos de globalización «mediática», lo son en tanto empresas que se articulan a los mercados internacionales a partir de finalidades propias de cualquier otro actor económico (cualquiera que sea la mercan-

⁴⁷ «La comunicación, naturalmente, no se ha convertido en una disciplina académica, como la física o la economía; pero sí ha alcanzado a ser un campo animado de investigación y teoría. Es una de las más activas encrucijadas en el estudio del comportamiento humano, lo cual es comprensible, ya que la comunicación es un proceso —quizá *el* proceso— social fundamental. (...) Ha sido una encrucijada académica por la cual han pasado muchos, pero pocos se han detenido» (Schramm, 1973: 12). En todo caso, hoy podríamos corregir la última parte de la cita, en la medida en que, especialmente en Estados Unidos —lugar de referencia del aserto de Schramm—, los congresos de las diversas asociaciones académicas de comunicación suelen reunir cada vez a varios cientos, si no miles, de estudiosos, que difícilmente están de paso por el área. Un aspecto que creo importante resaltar es que, al hacer el recuento de la «investigación de la comunicación» en Estados Unidos, Schramm de hecho se refería casi únicamente a la investigación *sobre medios de difusión*.

cía que produce o vende). Entonces, quienes abordamos la dimensión económica tenemos que acudir a la *Economía*⁴⁸ necesariamente, pues es la disciplina que atiende, por definición, esa dimensión de lo histórico-social. Si nos interesan las consecuencias *culturales* de tales procesos (ámbito más cercano a lo *comunicacional* que el anterior), deberemos acudir a la antropología cultural y a la sociología de la cultura, o a la historia de las mentalidades, etc., en busca de herramientas teóricas y metodológicas, aunque en este caso los llamados «estudios culturales» emanados en íntima relación con el propio campo, pero que siempre se han alimentado de aquellos otros, deberán articularse con las mismas otras áreas de estudio de lo cultural. Aquí lo que me interesa subrayar es *la necesidad de estudiar, conocer y aplicar* herramientas teórico-metodológicas que se han generado en campos disciplinarios muy específicos y que nuestro propio entrenamiento, a veces estrecho en relación con las ciencias sociales más en general, no nos ha proveído directamente. Hay tanto por conocer, investigar y cambiar, solamente con respecto a las industrias culturales, que resulta absurdo intentar «descubrir la rueda» cada vez que se inicia un nuevo estudio, sin acudir a lo que ya está disponible por ahí, en el herramental teórico-metodológico-técnico de las ciencias sociales. En principio, todo lo que no conocemos bien tiende a parecerse simple y poco problemático. Más todavía, cuando en realidad no ejercemos *investigando lo concreto*. De ahí que pueda haber quien defienda la postura de que los medios de comunicación deban estudiarse *solamente desde* una perspectiva, por ejemplo la comunicación, o desde la cultura, pero es cada vez más claro que esta postura es por lo menos ingenua.

Si además, en un mismo proyecto de investigación intentamos estudiar articuladamente ambas dimensiones (económica, cultural), los requerimientos teórico-metodológicos se multiplican, incluyendo eventualmente el reto de dar cuenta de los vínculos entre lo micro y lo macro (Alexander *et al.*, 1987), en procesos que pueden referirse a la «larga duración» a la Braudel (1980) o a coyunturas muy específicas. Y así por el estilo, si vamos considerando otras dimensiones, como lo político, o el entendimiento de las organizaciones y redes complejas que institu-

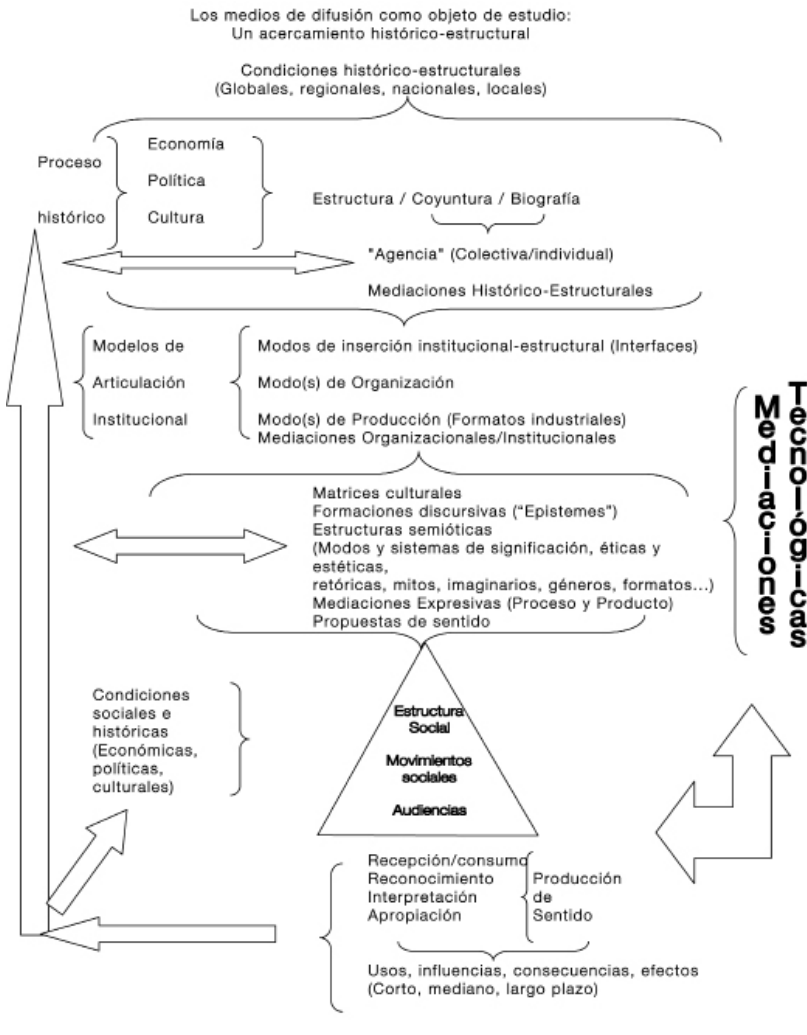
⁴⁸ Es decir, a la *ciencia económica*.

cionalizan este objeto complejo. Como ya lo comentamos antes, los desarrollos tecnológicos son un aspecto que cambia vertiginosamente, modificando nuestros objetos de estudio, de tal forma que, sin necesidad de convertirnos en «ingenieros», especialistas en electrónica, es necesario entender por lo menos lo básico de la tecnología, la convergencia digital y las nuevas relaciones y procesos que propician estos desarrollos. El reto de recuperar las dimensiones comunicativas en este tipo de estudios, no le resta la importancia —ni la urgencia, si por ejemplo se tiene la esperanza de que estudios tan actuales pudieran incluso ejercer alguna influencia sobre las políticas públicas respectivas— de atender las dimensiones extra comunicativas. Al contrario, con la mayor frecuencia, los propios especialistas en las disciplinas involucradas descuidan el estudio de los medios de difusión y las industrias culturales (por ejemplo, los especialistas en Derecho, economistas, o politólogos). Entonces, es cuando nuestro campo se convierte en algo más que difícil y «desafiante» pues nosotros mismos tenemos que convertirnos en «expertos» de otros campos que se intersectan con el nuestro.

Como un mapa que quiere solamente *ejemplificar* la multidimensionalidad de estos objetos de estudio, que constituyen las industrias culturales, presento una ilustración en el Esquema 1, con todas las limitaciones que tiene cualquier representación gráfica y la falta de un desarrollo «narrativo-argumentativo» adecuado, que nos llevaría todo un libro (ver Sánchez Ruiz 1992, del cual estoy preparando una versión ampliada y actualizada en lo posible). Pero he aquí una muy breve descripción (Ver Esquema 1).

Se sugiere en la representación que, como cualquier institución relevante, los diferentes medios surgen, se reproducen, cambian y se renuevan en el proceso histórico, en la interacción coyuntural de biografías (agencias, individuales pero también colectivas), con determinadas condiciones histórico-estructurales, es decir, emanadas de determinaciones mediadoras (posibilidades/constricciones) provenientes de la economía, de la política y de la cultura, operando en la estructura social. Se generan entonces formas de articulación institucional más o menos permanentes (por ejemplo, medios electrónicos públicos en Europa al surgimiento de los mismos y que decenios después se privatizan y comercializan); que definen modos de organización y modos de producción determinados (medios públicos vs. medios privados, comerciales,

Esquema 1.



por ejemplo). A partir de las posibilidades expresivas y organizativas que proporciona la tecnología, estas instituciones, en interacción con las estructuras más amplias (política, economía, cultura), y alimentándose de matrices culturales existentes propician mediaciones expresivas

que suministran propuestas de sentido hacia la sociedad receptora, articulando modos y sistemas de significación, éticas y estéticas, retóricas, mitos, imaginarios, etcétera. Tales propuestas de sentido se vierten hacia una sociedad diversa, desigual, asimétrica, con diferentes probabilidades de flujos y resultados (influencias, «efectos», consecuencias). Sucederían entonces muchos procesos de producción de sentido con una pluralidad de consecuencias de corto, mediano y largo plazo. Todos estos procesos muy apretadamente resumidos aquí, a su vez operan históricamente fortaleciendo o debilitando las instituciones y las estructuras existentes para, nuevamente, en la compleja interacción de agencias individuales y colectivas, comenzar nuevos procesos histórico-sociales. Todo este párrafo podría replantearse en términos de preguntas y eso es lo que quisiera: constituir un modelo generador de preguntas, más que de certezas, sobre un objeto complejo, multidimensional, cambiante de forma multifactorial. Aquí utilizamos el término «mediaciones» en el sentido de Hugo Zemelman (1982), de cadenas de causalidad, de índole concreta y por lo tanto complejas.

Y...¿la crítica?

Muchos compartimos la convicción de que incluso los términos más «técnicos» pueden ser, o simplemente *son*, polisémicos o multívocos. El significado común de la palabra «crítica» se suele referir a algún tipo de evaluación, usualmente realizada a partir de ciertos parámetros de valor, o reglas más o menos compartidas. Así, se habla de la crítica literaria, o cinematográfica, o artística («estética»). Prácticamente en cualquier ámbito se puede instaurar «la crítica» (en este caso, la palabra referida a quienes la ejercen, por ejemplo: ¿Cómo recibió *«la crítica»* nuestra película?). Entonces desde este punto de vista, la crítica sirve para proponer que algo es positivo, o bueno en algún respecto, de acuerdo con algunas convenciones o acuerdos más o menos consensuados; y desde luego también para lo contrario.

La «crítica social» nos auxiliaría para evaluar lo positivo o lo negativo en la sociedad, tanto para individuos como para grupos, clases u otros agregados. Esta «crítica social» nos puede auxiliar para señalar problemas, conflictos o contradicciones sociales, para eventualmente propo-

ner soluciones. Un gran problema es que, salvo los extremos criminales (asesinatos, drogadicción y su fomento, el ecocidio, etc.), no creo que haya algo en el orden social, político o económico, *total y absolutamente negativo*, o *completamente* positivo. De hecho, lo que puede ser benéfico para un individuo (por ejemplo, para un empresario que controla monopólicamente un mercado) no necesariamente lo es para la sociedad, o para grandes grupos de ciudadanos. He comenzado algunos trabajos, por ejemplo uno sobre estudios del desarrollo (Sánchez Ruiz, 1986) y otro sobre el tema de los medios y la democracia (Sánchez Ruiz, 2005a), haciendo la aclaración de que hay temas —como estos mismos— de las ciencias sociales en los que no se puede prescindir de la «opinión» del investigador sobre lo que constituye la «buena sociedad». En general, la utopía y la ideología son componentes prácticamente ineludibles de las ciencias sociales, en el punto de partida, *aunque el rigor teórico y metodológico y una ética científica ayudan a compensar la actitud crítica que pueda ostentar uno en un principio*. En este sentido, personalmente considero que la creencia de que se puede ser un científico social ideológicamente «aséptico», es una quimera. Pero también deslindo mi quehacer como analista social del de algún tipo de «prédica» de verdades eternas y puntos de vista absolutos, esenciales.

Algo muy parecido a esto que hemos llamado «crítica social» se cuenta entre las acepciones «vulgares» de crítica que refiere un estudio histórico del *desarrollo filosófico* del término (Leal, 2003). Sin embargo, en todo caso habría que diferenciar entre una postura «rebelde», más o menos normal en etapas juveniles, pero no necesariamente basada en datos, informaciones e interpretaciones sistemáticas sobre la sociedad, y las que se pueden fundamentar teórica, ética y empíricamente en el ejercicio reflexivo y autorreflexivo de las ciencias sociales. Antes hemos mencionado que la opinión de que la historia habría «llegado a su fin», por el aparente cumplimiento de la utopía neoliberal (en lo económico y en lo político), resultó falaz, lo que se comprobó con la tremenda crisis de fines del primer decenio del siglo XXI. También recordemos que, por lo menos en una de las interpretaciones dogmáticas del marxismo, se creyó que con el advenimiento del comunismo iba a ocurrir algo similar a ese «fin de la historia». Sin embargo, la sociedad es histórica porque está en constante autoconstrucción. Siempre hay *posibilidades* de mejoría (aunque, también y desafortunadamente, de autodestrucción). Entonces, la

conciencia de la historicidad, del cambio constante, es una fuente de la naturaleza *crítica* de las ciencias sociales (Sánchez Ruiz, 1992). Paul Sweezy comentaba que:

...el carácter específicamente histórico (es decir, transitorio) del capitalismo es una premisa mayor. Es en virtud de este hecho que el marxista es capaz, por así decir, de salirse del sistema y criticarlo como un todo. Aun más, ya que la acción humana es en si misma responsable por los cambios que sufre y sufrirá el sistema, ello es moralmente significativo —como no lo sería, por ejemplo, una actitud crítica hacia el sistema solar, cualesquiera que sean sus defectos— y, finalmente pero no menos importante, prácticamente relevante (Sweezy, 1970: 22).

Pero hay otra dimensión fundamental de la crítica. Fernando Leal (*op. cit.*) menciona otra acepción *vulgar* del término «crítica», con la que coincido en su apreciación, cuando por ejemplo «...vemos con frecuencia en nuestros estudiantes la tendencia a ‘criticar’ a los autores y textos que leen». Incluso, algunos profesores estimulan este tipo de actitud, pero que no se basa en el conocimiento amplio y profundo de los autores y textos «criticados», sino en formulismos y básicamente en algún grado de ignorancia: «Siendo estudiantes, la opinión sobre si el autor dice algo correcto o incorrecto estará necesariamente muy poco informada o muy mal informada, con lo que el juicio sobre la verdad o falsedad de lo dicho en el texto tendrá muy poco o ningún valor» (Leal, 2003: 258). Es ahí donde concordamos con este autor en su recorrido histórico por los sentidos *técnicos* de la crítica *en el discurso filosófico*, desde la Grecia clásica, hasta Karl Marx (donde detiene su periplo exegético). Precisamente la forma de contrarrestar este tipo de «crítica» ignorante, es conocer lo que los filósofos griegos de los tiempos de Aristóteles llamaron «crítica», entendiéndola como *erudición*.

¿Cómo se logra ser crítico en ese sentido original? A través del conocimiento amplio y profundo de la historia de los autores, los libros, las copias, las ediciones, y las ideas y sistemas de pensamiento que en esos autores, libros, copias y ediciones se van transmitiendo a la posteridad, se van conservando en la memoria colectiva y van impulsando la tradición intelectual de una cultura o, si se prefiere, las tradiciones intelectuales de todas aquellas culturas que, de una manera u otra, se reclaman de un común origen (Leal, 2003: 247).

Por medio de esta disciplina y formación, dice Leal, se llega al discernimiento de los buenos y los malos textos, de los autores que «escriben y piensan bien de los que escriben y piensan menos bien» (*ibid.*: 246). Lo que este autor considera el «primer sentido moderno» de la crítica filosófica tiene origen en una adición semántica que debemos a Kant: «Consiste en delimitar (otra vez *krínein*), en encontrar y establecer los límites de la razón o, más generalmente, de las capacidades e incapacidades del aparato cognitivo humano» (*ibid.*: 251). Es, digamos, un sentido epistemológico del concepto y habría una cierta transición «de una empresa cada vez menos filosófica y cada vez más científica» (p. 252). Y finalmente, una ampliación al concepto de crítica como «erudición científica», que evolucionará según el recuento de Leal, de Bacon a través de Voltaire hasta Comte, Tocqueville, Marx y finalmente los sociólogos clásicos:

Que el pensamiento, el conocimiento y la razón están *determinados* por las circunstancias materiales, sociales, económicas y tecnológicas en que surge; con otras palabras: que no hay una historia de las ideas independientemente de la historia material, social, económica y tecnológica de la humanidad (*ibid.*: 255).⁴⁹

Creemos que el espíritu de este escrito es precisamente éste, si tomamos en cuenta todo lo escrito antes. Entre los factores históricos, sociales y políticos —añadimos— se encuentran los intereses (individuales o colectivos) de los mismos investigadores, que pueden o no coincidir con los intereses y los privilegios de los actores sociales, individuales o colectivos, sujetos de estudio. Los «epistemes», o «climas de opinión» predominantes de que hablamos antes, son otras circunstancias que hay que tomar en cuenta, en esta otra acepción de análisis crítico. Estos y otros aspectos han sido escudriñados desde enfoques de sociología de la ciencia, o del conocimiento (Manheim, 1936; Merton, 1979; Therborn, 1980); o desde aproximaciones historicistas a la filosofía de la ciencia

⁴⁹ Cabría añadir también el aspecto *político*, que diversos pensadores, señaladamente Karl Marx entre ellos, indican como un factor fundamental que interactúa con los procesos de producción de conocimiento e interpretación del mundo. Hay aquí algo de las nociones de «episteme» que describimos antes, las cuales, desde luego, se originan en interacción con las condiciones históricas y sociales de cada época.

(Kuhn, 1970; Lakatos, 1980; Laudan, 1977), mismas que denominan algunos estudiosos «postpositivistas» (Velasco Gómez, 2000). Se trataría de precisar desde ideologías de clase, o «comunidades ideológicas» (Therborn, 1980), hasta comunidades paradigmáticas y tradiciones de investigación (Kuhn, 1970; Laudan, 1977).

Regresando a la tradición crítica latinoamericana en las ciencias sociales, como ya lo indicamos antes, durante el decenio de los noventa parecía ya bastante disminuía, en virtud del proceso descrito de cambio epistémico/ideológico, con el aparente triunfo del capitalismo y su discurso neoliberal frente al menguante socialismo y su discurso dialéctico. Sin embargo, entre otros muchos factores, la gran crisis del fin de la primera década del nuevo milenio ha hecho dudar de los dogmas (los presupuestos), por ejemplo, de la economía neoclásica.⁵⁰ Así mismo, han resurgido los enfoques críticos que a su vez han guiado, en mayor o menor medida, las políticas públicas de algunos países latinoamericanos, como Brasil, Argentina, Venezuela, Bolivia, Ecuador. Son entonces dos los principales sentidos en los que se entiende la ciencia social crítica latinoamericana: por un lado, lo que hemos denominado «crítica social», en la que a partir de la historicidad del objeto de estudio y de enfoques enriquecidos con una aproximación histórica, a partir de la investigación empírica rigurosa se es capaz de mostrar los obstáculos y las contradicciones que impiden el desarrollo más pleno de los sujetos sociales y humanos. Por otro lado, en el sentido filosófico, original, de crítica como el conocimiento amplio y profundo de autores y textos, enriquecido a la vez con la acepción más moderna que toma en cuenta las condiciones históricas, materiales, de producción de tales textos. Sin llegar al extremo de la exigencia de la crítica como *erudición* en el primer sentido, estrictamente filosófico que discute Fernando Leal (2003), pero consideramos razonable exigir que si alguien «critica» a un autor, o una teoría, un enfoque o modelo, o una técnica o método de investigación, por lo menos los conozca de manera directa y más o menos profunda. Desafortunadamente muchos estudiantes de ciencias sociales se convierten en críticos de

⁵⁰ Por cierto, este no es lugar para discutir si efectivamente, durante los años de predominio del neoliberalismo, se aplicaron estrictamente en las políticas económicas los presupuestos de la teoría económica neoclásica.

acercamientos y concepciones que *ignorán* y solamente los conocen a partir de descripciones prejuiciadas y caricaturizadas de profesores igualmente ignorantes.

Esos son los sentidos de crítica que llamo a recuperar en la investigación sobre medios e industrias culturales, así como en las ciencias sociales y las humanidades más en general (Rüdiger, 2002; Sánchez y Sosa, 2004).

Colofón: retos y perspectivas de la investigación latinoamericana sobre industrias culturales.

Los retos y las tareas pendientes son muchas para los investigadores sobre los medios de difusión, en la medida en que los cambios tecnológicos e históricos son vertiginosos en la actualidad.

Pero yo creo que hay una serie de exigencias que es imposible soslayar:

- a) La investigación sobre medios de comunicación y/o industrias culturales tiene que ser inter- multi- transdisciplinaria. Los investigadores deben obtener, manejar y desarrollar los instrumentales epistémicos, teóricos, metodológicos y técnicos de los diversos campos, disciplinas y ciencias pertinentes, que enriquezcan *un conocimiento multidimensional de lo complejo*.
- b) La investigación de medios debe ser rigurosa. Debemos aprender a usar técnicas y métodos de indagación y dejar de pretender que una descripción puntual de corte periodístico, o una teoría o un «rollo» abstractos nos van a explicar o a ayudar a comprender cómo operan históricamente los medios. Los métodos y técnicas de investigación deben ser utilizados con rigor y corrección técnica; no son una cuestión «menor», sino central e inherente a la *ciencia social*. El rigor incluye la búsqueda de consistencia lógica.
- c) Es fundamental que la investigación empírica interactúe con teorías, ya sea de las llamadas «de la comunicación», así como con teorías más generales de las ciencias sociales, para que la investigación no caiga en un empirismo ciego (o por lo menos «miope») y permita generalizar y relacionar los hallazgos con conceptos y hallazgos de otro orden y de otros campos. Ya sea inductivamente, deductiva-

mente o «abductivamente», el proceso de investigación debe aspirar a construir teorías y hacerlas crecer.

- d) La investigación sobre medios debe buscar ser útil, pero en un sentido amplio: tan útil es proveer de conciencia histórica a los propios medios con estudios historiográficos o histórico-estructurales de su devenir y operación social, como para fundamentar procesos de educación crítica para la recepción, como el proveer información y conocimiento críticos para la toma de decisiones y para las políticas públicas, o para apoyar movimientos sociales a lograr objetivos justos, en lo comunicacional. Puede ser que, también, para guiar el cambio social «radical» (de *raíz*). Pero es —o debe ser— claro que la producción de conocimiento por sí misma, la reducción de ignorancia e incertidumbre, son valiosas y útiles en sí mismas.
- e) Por eso mismo, es también esencial que la investigación sobre medios en México y en América Latina siga siendo crítica, y que siga buscando contribuir al desenvolvimiento y logro de formas de desarrollo histórico más justas y equitativas, para las mayorías desamparadas por las inhumanas políticas «neoliberales», o por el capitalismo contemporáneo, que se ampara en el discurso neoliberal.

Propongo que continuemos la tarea autorreflexiva crítica, la autocrítica, y que con una actitud de conjunción y no de disyunción, a partir del *Y* que une en lugar del *O* que separa,⁵¹ sigamos construyendo una ciencia social que consista en una síntesis creativa de lo mejor de lo que hemos sido y hecho en el transcurso de la historia reciente y no tan reciente. Tanto el conocimiento como el orden social e histórico constituyen procesos interminables. Nadie puede afirmar que ya llegó a la *verdad absoluta*, o que se logró el *fin de la historia*. Es mucho lo que queda por conocer y aprender, y es también inmenso lo que hay por hacer.

⁵¹ Me refiero a dejar el maniqueísmo atrás y dejar de ver tanto la realidad como las teorías y metodologías «en blanco y negro».

Bibliografía

- ACEVES GONZÁLEZ, Francisco de J. (2002) «Mediatización del espacio público y cultura política», en Norma Patricia Maldonado R. (coord.) *Horizontes Comunicativos en México. Estudios Críticos*. México, AMIC.
- ALEXANDER, Jeffrey C., B. GIESEN, R. MÜNCH y N. SMELSER (1987) *El Vínculo Micro-Macro*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara/Gamma Editorial.
- BELTRAN SALMON, Luis Ramiro (2000) *Investigación sobre comunicación en Latinoamérica. Inicio, trascendencia y proyección*. La Paz, Plural Editores/Universidad Católica Boliviana.
- BELTRÁN, Luis Ramiro y Elizabeth FOX DE CARDONA (1980) *Comunicación Dominada, Estados Unidos en los Medios de América Latina*. México, Nueva Imagen/ILET.
- BILTEREYST, Daniel (2002) «Globalisation, Americanisation and politisation of media research. Learning from a long tradition of research on the cross-cultural influences of US media», Ponencia presentada en la 23ª Conferencia de IAMCR/AIERI, 21-26 de julio, Barcelona.
- BORÓN, Atilio, Javier AMADEO y Sabrina GONZÁLEZ (comps.) (2006) *La Teoría Marxista Hoy. Problemas y Perspectivas*. Buenos Aires, CLACSO.
- BOURDIEU, Pierre (1998) *Sobre la Televisión*. Barcelona, Anagrama.
- _(1977) *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge, Cambridge University Press.
- BOURDIEU, Pierre y Loïc WACQUANT (2000) «Los artificios de la razón imperialista», en *Voces y Culturas*, Núm. 15, I Semestre.
- BOURDIEU, Pierre, Jean Claude CHAMBOREDON y Jean Claude PASSERON (1975) *El Oficio de Sociólogo*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- BRAUDEL, Fernand (1980) *On History*. Chicago, The University of Chicago Press.
- BRAUDEL, Fernand (1984) *La historia y las ciencias sociales*. México, Alianza.
- _(1991) *Las Civilizaciones Actuales. Estudio de Historia Económica y Social*. México, REI.
- CARDOSO, Fernando Henrique (1973) «Las contradicciones del desarrollo asociado», en *Cuadernos de la Sociedad Venezolana de Planificación*, número 113-115, pp. 5 a 27.
- CARDOSO, Fernando Henrique y Enzo FALLETTO (1971) *Dependencia y Desarrollo en América Latina. Ensayo de Interpretación Sociológica*. México, Siglo XXI.
- CASTELLS, Manuel (1999) *La era de la información. Economía, Sociedad y Cultura. Vol. I, La sociedad red*. México, Siglo XXI.
- _(2010) *Comunicación y Poder*. Madrid, Alianza Editorial.
- CÓRDOVA, Arnaldo (1972) *La Formación del Poder Político en México*. México, Ediciones ERA.
- CURRAN, James (1990) «The new revisionism in mass communication research, A reappraisal», en *European Journal of Communication*, Vol. 5, Núms. 2-3, Junio.
- DEL CASTILLO, Ramón (2001) «Ideologías postmodernas», en *Doce Notas Preliminares*, Núm. 8 (Monográfico, «Postmodernidad, 20 años después»).
- DOMÍNGUEZ GUTIÉRREZ, Silvia (2007) «La ciencia y los científicos a través de la mirada de los jóvenes universitarios», en *Versión. Estudios de Comunicación y Política*. Núm. 19, Julio.
- DOS SANTOS, Theotônio (2002) *La Teoría de la Dependencia*. México, Plaza Janés.
- DRAPER, Hal (1977) *Karl Marx's theory of revolution. Vol. I, State and Bureaucracy*. Nueva York, Monthly Review Press.
- ECO, Umberto (1975) *Apocalípticos e Integrados ante la Cultura de Masas*. Barcelona, Lumen.
- FISKE, John (1987) *Television Culture*. Londres y nueva York, Routledge.

- FOLLARI, Roberto (2002) *Teorías Débiles (Para una crítica de la deconstrucción y de los estudios culturales)*. Rosario (Arg.), Homo Sapiens Ediciones.
- FRANK, André Gunder (1969) *Latin America, Underdevelopment or Revolution*. Nueva York, Monthly Review Press.
- FREGE, Gottlob (1973) *Estudios Sobre Semántica*. Barcelona, Ariel.
- FOUCAULT, Michel (1974) *Las Palabras y las Cosas*. México, Siglo XXI.
- _(1991) «El sujeto y el poder», en Edelberto TORRES RIVAS (comp.) *Política. Teoría y Métodos*. San José (Costa Rica), EDUCA/FLACSO Centroamérica.
- FUENTES NAVARRO, Raúl (1988) *La investigación de comunicación en México. Sistematización documental 1956-1986*. México, Ediciones de Comunicación.
- _(1996) *La investigación de comunicación en México. Sistematización documental 1986-1994*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara/ITESO.
- _(1998) *La emergencia de un campo académico, Continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de comunicación en México*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara/ITESO. (Originalmente, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales).
- _(2003) *La investigación académica sobre comunicación en México. Sistematización documental 1995-2001*. Guadalajara, ITESO.
- FUENTES NAVARRO, Raúl y Enrique E. SÁNCHEZ RUIZ (1989) *Algunas condiciones para la investigación científica de la comunicación en México*. Guadalajara, ITESO (Cuadernos Huella, N° 17).
- FUKUYAMA, Francis (1992) *El fin de la historia y el último hombre*. Editorial Planeta.
- GIDDENS, Anthony (1996) *In defence of Sociology. Essays, interpretations and rejoinders*. Cambridge, Polity Press.
- GIDDENS, Anthony (1999) *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*. Madrid, Taurus, p. 68.
- GRIMSON, Alejandro (comp.) (2007) *Cultura y Neoliberalismo*. Buenos Aires, CLACSO.
- HABERMAS, Jürgen (1989) *Teoría de la acción comunicativa*. Buenos Aires, Taurus (Dos tomos).
- HOUTART, François (2006) «Los movimientos sociales y la construcción de un nuevo sujeto histórico», en BORÓN, Atilio, Javier AMADEO y Sabrina GONZÁLEZ (comps.) *La Teoría Marxista Hoy. Problemas y Perspectivas*. Buenos Aires, CLACSO.
- IANNI, Octavio (2005) *La Sociología y el Mundo Moderno*. México, Siglo XXI Editores.
- KATZ, Elihu (2001) «Lazarsfeld's map of media effects», en *Journal of Public Opinion Research*, Vol. 13, Núm. 3.
- KLAPPER, Joseph (1969) *The Effects of Mass Communication*. Glencoe, The Free Press.
- KUHN, Thomas S. (1970) *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago, The University of Chicago Press.
- LAKATOS, Imre y Alan MUSGRAVE (eds.) (1974) *Criticism and the Growth of Knowledge*. Nueva York, Cambridge University Press.
- LAKATOS, Imre (1980) *The Methodology of Scientific Research Programs*. Cambridge, Cambridge University Press.
- LAUDAN, Larry (1977) *Progress and its Problems. Towards a Theory of Scientific Growth*. Berkeley, University of California Press.
- LEAL CARRETERO, Fernando (2003) «¿Qué es crítico? Apuntes para la historia de un término», en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, Vol. 8, Núm. 17, enero-abril.
- LENIN, V.I. (1976) *The State and revolution*. Peking, Foreign Languages Press.
- MACBRIDE, Sean et al. (1980) *Un Solo mundo, Voces Múltiples. Comunicación e Información en Nuestro Tiempo*. México, Fondo de Cultura Económica/UNESCO.
- MANNHEIM, Karl (1936) *Ideology and Utopia*. Nueva York, Harvest, Bruce & World, Inc.
- MARINI, Ruy Mauro y Mágina MILLAN (coords.) (1996) *La Teoría Social La-*

- latinoamericana. *Cuestiones Contemporáneas, Tomo IV*. México, Ediciones El Caballito/UNAM.
- MARTÍN BARBERO, Jesús (1987) *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México, Gustavo Gili
- _(2002) *Oficio de Cartógrafo. Travesías Latinoamericanas de la Comunicación y la Cultura*. Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica.
- MARQUES DE MELO, José (2002) «Política, dimensión hegemónica en el pensamiento comunicacional latinoamericano», en *Oficios Terrestres*. Año VIII, Núm. 11-12 (Número Especial).
- _(2007) *Entre el Saber y el Poder. Pensamiento Comunicacional Latinoamericano*. Monterrey, Comité Regional Norte de Cooperación con la Unesco. [Existe edición española posterior y revisada, (2007) *Pensamiento comunicacional latinoamericano*. Sevilla, Comunicación Social Ediciones y Publicaciones]
- MATO, Daniel (2007) «Think tanks, fundaciones y profesionales en la promoción de ideas (neo)liberales en América Latina», en Alejandro Grimson, (comp.) *Cultura y Neoliberalismo*. Buenos Aires, CLACSO.
- MATTELART, Armand y Erik NEVEU (2004) *Introducción a Los Estudios Culturales*. Buenos Aires, Paidós.
- MERTON, Robert (1979) *The Sociologist of Science. An Episodic Memoir*. Carbondale (E.U.), Southern Illinois University Press.
- MILLER, David y Greg PHILO (2001) «The active audience and wrong turns in media studies. Rescuing media power», en *Soundscapes*, Vol. 4, Septiembre (http://www.icce.rug.nl/~soundscapes/VOLUME04/Active_audience.html) (Bajado el 23/04/2005).
- MILLS, C. Wright (1974) *La Imagen Sociológica*. México, Fondo de Cultura Económica.
- MOLINA Y VEDIA, Silvia y Norma PAREJA SÁNCHEZ (2009) «Situación de la investigación en comunicación política», en Aimée VEGA MONTIEL (coord.) *La Comunicación en México. Una Agenda de Investigación*. México, UNAM/UJAT/UABC/AMIC.
- MORLEY, David (1998), «So-called cultural studies. Dead-ends and reinvented wheels.» In, *Cultural Studies*, Vol. 12, Núm. 4, Octubre.
- _(2001) «Belongings. Place, space and identity in a mediated world», *European Journal of Cultural Studies*, Vol. 4, Núm. 4.
- MURDOCK, Graham (2004) «Past the posts. Rethinking change, retrieving critique», en *European Journal of Communication*, Vol. 19, Núm. 1.
- NOELLE-NEUMANN, E. (1991). «The theory of public opinion, The concept of the Spiral of Silence», en J. A. Anderson (Ed.), *Communication Yearbook 14*, 256-287. Newbury Park, CA, Sage.
- PASQUALI, Antonio (1963) *Comunicación y Cultura de Masas*. Caracas, Monte Avila Editores.
- POPPER, Karl y John CONDRY (1998) *La Televisión es Mala Maestra*. México, FCE.
- POPPER, Karl (2005) *El Mito del Marco Común. En Defensa de la Ciencia y la Racionalidad*. Barcelona, Paidós.
- QUINE, W.V. (1986) *Teorías y Cosas*. México, UNAM.
- REYNOSO, Carlos (2000) *Apogeo y Decadencia de los Estudios Culturales. Una Visión Antropológica*. Barcelona, Gedisa.
- RODRÍGUEZ, Octavio (2006) *El Estructuralismo Latinoamericano*. México, CEPAL/Siglo XXI.
- ROGERS, Everett M. y F. FLOYD SHOEMAKER (1974) *La Comunicación de Innovaciones*. México, Herrero Hermanos.
- ROSCOE, J., MARSHALL, H., y GLEESON, K. (1995). The television audience, A reconsideration of the taken-for-granted terms 'active,' 'social' and 'critical'. *European Journal of Communication*, Vol. 10, Núm. 1.
- RUESCH, Jurgen y Gregory BATESON (1965) *Comunicación, La matriz social de la psiquiatría*. Buenos Aires, Paidós.

- SÁNCHEZ RAMOS, Irene y Raquel SOSA ELÍZAGA (coords.) (2004) *América Latina, Los Desafíos del Pensamiento Crítico*. México, UNAM/Siglo XXI.
- SÁNCHEZ RUIZ, Enrique E. (1986) *Réquiem por la Modernización, Perspectivas Cambiantes en Estudios del Desarrollo*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- _(1988) «La investigación de la comunicación y el análisis social en Latinoamérica y en México», en E.E. Sánchez Ruiz (comp.) *La investigación de la comunicación en México. Logros, retos y perspectivas*. México, Ediciones de Comunicación/Universidad de Guadalajara.
- _(1992) *Medios de difusión y sociedad. Notas críticas y metodológicas*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- _(1997) «Algunos retos para la investigación mexicana de comunicación», en *Comunicación y Sociedad*, Núm. 30, Mayo-Agosto.
- _(2000) «Industrias culturales y globalización. Un enfoque histórico estructural», en G. Orozco (coord.) *Lo Viejo y lo Nuevo. Investigar la Comunicación en el Siglo XXI*. Madrid, Ediciones de la Torre.
- SÁNCHEZ RUIZ, Enrique E. (2002) «La investigación latinoamericana de la comunicación y su entorno social, Notas para una agenda», *Diálogos de la Comunicación*, Núm. 64 (FELAFACS) Noviembre.
- _(2005a) *Medios de Comunicación y Democracia*. Bogotá, Grupo Editorial Norma.
- _(2005b) «Aspectos actuales del Informe MacBride», en *Quaderns del CAC* (Consell de l'Audiovisual de Catalunya), Núm. 21, enero-abril.
- _(2007) «¿Concentración mediática o gobernabilidad democrática? La 'Ley Televisa'», en E. Sánchez R. et al., *Gobernabilidad Democrática, Cultura Política y Medios de Comunicación en México*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- _(2009) «La política en las categorías de análisis, Mitos y realidades sobre la globalización, la integración y las identidades», Sebastian Thies y Joseph Raab (eds.) *E Pluribus Unum? National and Transnational Identities in the Americas/Identidades Nacionales y Transnacionales en las Américas*. Berlín (Ale)/Tempe (E.U.), Lit Verlag/Bilingual Press.
- SÁNCHEZ RUIZ, Enrique E. y Rodrigo GÓMEZ GARCÍA (2009) «La Economía Política de la Comunicación y la Cultura. Un abordaje indispensable para el estudio de las industrias y las políticas culturales y de comunicación», en A. VEGA MONTEL (coord.) *La Comunicación en México. Una Agenda de Investigación*. México, UNAM/UJAT/UABC/AMIC.
- SARTORI, Giovanni (1998) *Homo Videns. La Sociedad Teledirigida*. Madrid, Taurus.
- SCHAFF, Adam (1971) *Historia y Verdad*. México, Grijalbo.
- SCHRAMM, Wilbur (1973) «Investigación de la comunicación en los Estados Unidos», en W. Schramm (comp.) *La ciencia de la comunicación humana*. México, Editorial Roble.
- SEAMAN, W (1992) 'Active Audience Theory, Pointless Populism' en *Media, Culture and Society* Vol. 14 (pp. 301-311).
- SEFCHOVICH, Sara (1989) *Revista Mexicana de Sociología*, Año LI, Núm. 1, enero-marzo.
- SONNTAG, Heinz (coord.) (1989) *Nuevos Temas, Nuevos Contenidos? Las Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe ante el Nuevo Siglo*. Caracas, UNESCO/Editorial Nueva Sociedad.
- STRAUBHAAR, Joseph D. (2007) *World Television. From Global to Local*. Thousand Oaks (E.U.), SAGE.
- SWEEZY, Paul M. (1970) *The Theory of Capitalist Development*. Nueva York y Londres, Monthly Review Press.
- THERBORN, Göran (1980) *Science, Class & Society*. Londres, Verso.

- _(2000) «El pensamiento crítico del Siglo XX», en Theorethikos, año III, Núm. 3, julio-septiembre.
- _(2007) «Después de la dialéctica. La teoría social radical en un mundo poscomunista», en *Nexos*, Núm. 194, Mayo.
- TREJO DELARBRE, Raúl (1988) «La investigación mexicana sobre medios de comunicación, modas, mitos y propuestas», en E. E. Sánchez Ruiz (comp.) *La investigación de la comunicación en México. Logros, retos y perspectivas*. México, Ediciones de Comunicación/ Universidad de Guadalajara.
- TREJO DELARBRE, Raúl y Gabriel SOSA PLATA (2009) «Campo nuevo, problemas viejos. La investigación mexicana en materia de Sociedad de la Información. Internet, Cibercultura y Telecomunicaciones», en Aimée Vega (coord.) *La Comunicación en México. Una Agenda de Investigación*. México, UNAM/UJAT/ UABC/AMIC.
- VASSALLO DE LÓPEZ, Immacolata (1995) «Recepción de medios, clases, poder y estructura. Cuestiones teórico-metodológicas de investigación cualitativa de la audiencia de los medios de comunicación de masas», en *Comunicación y Sociedad*, Núm. 24, Mayo-Agosto.
- _(2002) «Reflexiones sobre el estatuto disciplinario del campo de la comunicación», en Ma. I. Vassallo de L. y R. Fuentes N. (comps.) *Comunicación, Campo y objeto de estudio. Perspectivas reflexivas latinoamericanas*. Guadalajara, ITESO/UAA/U. de C./U. de G.
- VELAZCO GÓMEZ, Ambrosio (2000) «Heurística y progreso en las tradiciones en las ciencias y las humanidades», en A. VELASCO G. (coord.) *El Concepto de Heurística en las Ciencias y las Humanidades*. México, Siglo XXI/ UNAM.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1976) *The Modern World-System*. Nueva York, Academic Press.
- _(1979) *The Capitalist World-Economy. Essays by Immanuel Wallerstein*. Londres, Cambridge University Press.
- WATZLAWICK, Paul, J.H. BEAVIN y D. JACKSON (1971) *Teoría de la comunicación humana*. Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo.
- WIENER, Norbert (1960) *Cibernética*. Madrid, Guadiana de Publicaciones.
- WILLIAMS, Raymond (1975) *Television, Technology and Cultural Form*. Nueva York, Schocken Books.
- YÚDICE, George (2002) «Contrapunteo estadounidense/latinoamericano de los estudios culturales», en Daniel MATO (coord.), *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela.
- ZEMELMAN, Hugo (1982) «Problemas en la explicación del comportamiento reproductivo (sobre las mediaciones)», en W. MERTENS et al. *Reflexiones Teórico-Metodológicas sobre Investigaciones en Población*. México, El Colegio de México.
- ZEMELMAN, Hugo (1996) «El paradigma del pensamiento crítico», en MARINI, Ruy Mauro y Mária MILLÁN (coords.) *La Teoría Social Latinoamericana. Cuestiones Contemporáneas. Tomo IV*. México, UNAM / Ediciones El Caballito.